Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Elliot Dooley

La leyenda viviente





Tras la destrucción nuclear del planeta Kazan-X-07, una expedición humana al mando del comandante Leander Height se ve atraída al mismo sin posibilidad de escape por un dispositivo que orbita alrededor del planeta.

Allí, ante su incredulidad se encuentran con una sociedad primitiva y caníbal descendiente de los creadores del artefacto, dónde una parte de la misma, los Contempladores, espera la llegada del Líder, una leyenda viviente destinada a salvarlos.

¿Será el comandante Leander Height dicha leyenda? ¿Podrá hacer frente a los retos que le irán apareciendo en su camino?



Elliot Dooley

La leyenda viviente

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 4

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

Título original: *La leyenda viviente*
Elliot Dooley, 1984
Diseño de cubierta: Nadal - Ag. Norma

Editor digital: Titivillus
Colaboración especial: Grupo LDS
ePub base r2.1



Elliot Dooley

La leyenda vivente

Índice de contenido

1

Los cinco científicos miraban preocupados la amplia pantalla en la que se estaban sucediendo las imágenes de una ciudad que, de un modo sistemático, estaba siendo reducida a escombros. El más venerable de los allí reunidos accionó un dial y las imágenes fueron reemplazadas por otras no menos elocuentes.

El más joven de los presentes quedó consternado y, moviendo la cabeza, pesarosamente, musitó:

—De la capital no va a quedar piedra sobre piedra.

—En efecto. Sólo quedarán ruinas calcinadas, cenizas…

—¡Los Adalides se han vuelto locos!

—Sí… Éste es el final de nuestra civilización, de nuestro mundo. ¡Es el final de todo!

Luego de oír aquellos comentarios, el más venerable de la reunión, indicó:

—No podemos quedarnos cruzados de brazos. Habría que hacer algo…

Los demás le miraron, interrogativamente.

—No me preguntéis qué podemos hacer —añadió—. Yo mismo no lo sé, pero considero que tenemos un deber que cumplir y es advertir a la Humanidad de las causas que han llevado a los hombres a destruirse, a aniquilarse. Es preciso que el error cometido al dar prioridad a la Ciencia sobre el Espíritu no vuelva a repetirse nunca más.

Uno de los presentes contrajo sus labios en una mueca.

—Será trabajo inútil.

—¿Por qué? —inquirió el venerable.

El otro señaló a la pantalla, que mostraba claramente como la capital de su mundo estaba en vías de desaparición.

—La razón es muy sencilla —dijo—. No quedará nadie con vida para aprender lo que quieres enseñarle. Eso sin contar con que el ser humano es incapaz de escarmentar en cabeza ajena.

—No estoy de acuerdo contigo.

Su interlocutor le interpeló, sarcástico.

—¿Y por qué no…, si puede saberse?

El venerable se acarició su poblada barba blanca. Paseó la mirada por los rostros expectantes de los demás científicos, y con tono suave, pero firme, replicó:

—El enfrentamiento entre los Adalides conduce de modo inexorable a la Gran Catástrofe. Eso es cierto, sí, pero queda la posibilidad de que haya algunos sobrevivientes, los cuales, agrupándose, formen tribus, clanes y quizá incluso nuevas naciones.

—Si alguien llegara a sobrevivir a la Gran Catástrofe que se avecina —retrucó su contradictor—, dudo mucho que estuviera en condiciones de asimilar ejemplos o enseñanzas. Serían mutantes u hombres reducidos a tal estado de primitivismo, que no sabrían cómo rehacerse.

—De todos modos, lo intentaremos —anunció el venerable con tono que no admitía discusión.

Los otros tres científicos, que no habían participado en la discusión, se mostraron acordes con lo dicho por quien podía considerarse como el decano. Y uno inquirió:

—¿De qué modo procederemos para dejar constancia de lo ocurrido?

El venerable, tras meditar un momento, dijo:

—De una parte consideraremos la posibilidad apuntada por nuestro eminente colega —y señaló a su contradictor—. Pero también tendremos en cuenta que, andando el tiempo, cabe esperar que alguna raza del espacio llegue a nuestro mundo.

—¿Y…? —preguntó el más joven.

—Resolveremos la primera cuestión dejando escritas nuestras consideraciones. En cuanto a la segunda, situaremos un mensaje en órbita a fin y efecto de indicar que vengan a nuestro mundo para estudiar sobre el terreno los resultados que se hayan producido y tomen las medidas pertinentes.

Los científicos se miraron entre sí, consultándose, para acabar mostrando su asentimiento a la proposición de su decano. Entonces, éste, viendo que podía contar ya con su colaboración, ordenó:

—¡Manos a la obra!

Y los cinco hombres de ciencia se pusieron a trabajar con tanto entusiasmo como si aquélla no fuera una causa perdida.

2

—¡Atención, Control! ¡Pido prioridad para comunicar con el comandante!

—Al habla Control. ¿Sucede algo?

—¡Ya lo creo que sucede!... Nos estamos acercando peligrosamente a la órbita de Kazan-X-07.

—Tranquilo, Zoltan. El comandante está al corriente.

—Insisto en que quiero hablar con él. Se trata de una emergencia que puede dar lugar a una situación grave.

—No te preocupes. Estamos preparados para afrontar cualquier emergencia. No pasará nada, hombre.

El encargado de Control se volvió hacia el comandante de la astronave y comentó:

—Zoltan está muy nervioso, señor.

—Ya me he dado cuenta y lo malo es que tiene motivos bastante fundados. Tampoco yo me siento muy tranquilo.

El comandante Leander Height se volvió entonces hacia el jefe del Departamento Técnico y, con cara malhumorada, preguntó:

—¿Todavía no ha terminado, doctor Keldetter?

—Falta muy poco, comandante.

—¡Necesito datos fehacientes de ese condenado Kazan-X-07! No puedo tomar ninguna decisión sin saber a qué atenerme.

El doctor Keldetter se encogió de hombros antes de responder.

—Lo siento, comandante, pero yo no puedo hacer las veces de una computadora. ¡Mire! —Añadió—: Ya está facilitando los últimos datos.

—¡Ya era hora! —Exclamó el comandante—. Hable de una vez, Keldetter, y salgamos de dudas.

Tras un leve gesto de asentimiento, el doctor Lewis Keldetter leyó con tono monocorde las fichas facilitadas por la computadora central de la astronave.

—Kazan-X-07 es un planeta impermeabilizado que emana una fuerte fluorescencia. Abundan en él los yacimientos ferrosos y de magnetita. También hay cantidades considerables de Uranio 235 y otras no tan relevantes de Uranio 239.

»La atmósfera del planeta —siguió informando el doctor Keldetter—, está formada por oxígeno e hidrógeno, aunque con fuertes concentraciones de nitrógeno. En ella se presentan nimbos tormentosos, sobrecargados de electricidad estática.

»Por otra parte —concluyó el científico—, lluvias torrenciales azotan la superficie y suscitan turbas de vapor que forman salvajes remolinos.

El comandante Height soltó un gruñido de descontento y, tras hacer una mueca, rezongó:

—Todo esto viene a decir que Kazan-X-07 es un planeta inhóspito por naturaleza, sin contar con que la existencia de Uranio 239 implica la posibilidad de que se produzcan explosiones atómicas que, por simpatía, podrían generar la fisión del U-235 y, por lo tanto, reacciones en cadena. ¿Correcto?

—Sí, claro, pero no hay que olvidar que, para que sucediese lo primero, sería precisa la captura de un neutrón por átomo, que diese lugar a la pérdida de un electrón y al origen del neptunio que, por pérdida de otro electrón, podría originar el plutonio y desencadenar las explosiones atómicas.

El doctor Keldetter hizo una pausa efectista, añadiendo a continuación:

—Como puede ver, comandante, todo eso resulta lo bastante problemático como para que sea dificilísimo se den tales circunstancias en un período de tiempo crítico.

—Bien…, mejor que sea así. Y ahora, otra cosa, profesor. ¿Hay signos de vida en ese dichoso planeta?

—Sí, y no sólo vida vegetal y animal, sino también pensante…

—¿Seres humanos?

—Puede llamarlos así si lo desea, comandante, aunque la verdad es que la computadora registra sólo unas formas vivientes pensantes, pero en forma muy rudimentaria.

—¿Quiere decir que está habitado por hombres primitivos u homínidos?

—Desde luego, aunque también puede tratarse de mutantes, descendientes tal vez de una raza superior, extinguida a consecuencia de aquellas explosiones atómicas que usted indicó.

—Pero la actual, según usted, no es una raza verdaderamente inteligente. ¿Correcto?

—Así es, pero quiero hacer la salvedad de que ésa no es una opinión mía, sino que es la traducción de los datos suministrados por la computadora.

—De acuerdo, profesor. No es preciso que se muestre tan susceptible. Que sea suya la opinión o de la computadora, ¿qué más da?… Para el caso es lo mismo.

—No, comandante. La máquina hace unas apreciaciones pero es incapaz de matizar como la mente humana.

—De acuerdo, profesor, pero ahora vayamos a lo que interesa. A tenor de los datos que poseemos, cabe destacar la posibilidad de que los actuales habitantes de Kazan-X-07 hayan sido capaces de crear un dispositivo que pueda atraer nuestra nave a la órbita de su mundo. ¿Cierto?

—En efecto, comandante.

—Y sin embargo —replicó Height frunciendo el ceño—, por lo que asegura Control, estamos siendo conducidos hacia la órbita de ese planeta, sin que nuestros turborreactores puedan contrarrestar la fuerza magnética que nos arrastra en esa dirección.

El jefe del Departamento Técnico hizo un gesto ambiguo, que igual podía expresar ignorancia que fatalismo.

Leander Height, el comandante de la astronave, volvió a centrar su atención en los cuadros y pantallas de control, examinando con detenimiento las cifras que se reflejaban en ellos. A la vista de aquéllas su ceño se hizo más profundo y murmuró:

—Esto es desconcertante… No hay motivo aparente que justifique esta desviación de nuestra ruta… Bueno, como haberla si la hay, pero, según los datos que poseemos…, ¡es imposible!

El comandante giró el rostro, fijándose en que el doctor Keldetter examinaba, como él, aquellas cifras y que en su cara se expresaba idéntica perplejidad.

—¿Se le ocurre algo, profesor? —le preguntó.

Keldetter movió la cabeza en sentido negativo.

—Me parece lo mismo que a usted…

—Se diría que es imposible.

—Cierto, comandante. Y sin embargo…

—Sí, pese a todo, lo imposible está resultando real profesor.

Cada vez más ceñudo, Leander Height se encaró con el personal de la cabina de mandos.

—Todos ustedes están al corriente de lo que está sucediendo desde hace escasamente unas horas.

Varios gruñidos de asentimiento acogieron aquellas palabras y el comandante agregó:

—Se nos plantea un problema imprevisto y no creo exagerar si les digo que nuestra situación puede volverse crítica si, efectivamente, y como temo, somos arrastrados primero a la órbita de Kazan-X-07 y luego a su superficie.

El comandante hizo una breve pausa y, consciente de la importancia y gravedad de cuanto estaba diciendo, añadió:

—Considerando los datos suministrados por la computadora, acerca de las peculiaridades de ese planeta, tendríamos que posamos en la superficie de un mundo azotado por tormentas de tal virulencia que nuestra nave podría sufrir desperfectos o averías irreparables. Y eso sin contar con que, habida cuenta de los componentes de uranio que allí se dan, podríamos ser víctimas de explosiones atómicas que podrían aniquilarnos, aparte de que considerando el magnetismo propio de Kazan-X-07 nos sería poco menos que imposible salir de su órbita y regresar al espacio exterior.

Los rostros de cuantos se hallaban en la cabina de mandos de la astronave reflejaron su preocupación, que se acrecentó al oír lo que su comandante decía a continuación.

—El problema que se nos ha presentado es el más grave de cuantos hemos afrontado desde que salimos de nuestra base. Pero tenemos que intentar resolverlo… o pereceremos en el empeño. ¡No podemos permitimos el lujo de aplazarlo y mucho menos el de fracasar!

»La verdad —añadió Height—, es que nuestra posición es de lo más vulnerable ya que, aunque dispongamos de bastantes datos respecto a Kazan-X-07, no contamos con suficiente información puesto que nos falta la fundamental: el conocimiento auténtico de la realidad de ese planeta, de cuál es con exactitud su fauna y flora,

así como de qué tipo es la raza que lo habita y de la que todo lo que sabemos es que tiene facultades para pensar, sobre todo, cuál será su forma de pensar y subsiguiente actitud ante la llegada de unos seres que, como nosotros, proceden del espacio exterior.

Un denso silencio acogió aquellas palabras. Luego, el comandante condensó su alocución diciendo:

—¿Cómo nos recibirán?… ¡Ahí está el quid de la cuestión!

Aquellas palabras quedaron en el aire igual que la expresión de una latente amenaza.

Latente, sí; pero real.

Y, como si necesitase plasmarse en un hecho inmediato, la voz de Zoltan Sellers volvió a dejarse oír en la cabina de mandos, angustiosa y apremiante.

—¡Atención, Control!… ¡Llamada de emergencia!… ¡Los mandos no me responden!… ¡No puedo gobernar la nave y nos estamos dirigiendo en línea recta a la órbita de Kazan-X-07!

3

Debra, la sacerdotisa, era alta y vigorosa, como muchas de las mujeres consagradas al servicio del templo, pero bajo sus cejas oscuras sus ojos brillaban con intensidades azuladas. Para muchos hombres, incluido el Sumo Sacerdote y el propio Adalid, eran tan excitantes como las chispas eléctricas que, a veces, brotaban de las rocas negras.

Erguida en la terraza del templo, Debra alzó la mirada al cielo y sonrió al ver que las dos lunas brillaban ya en él con fulgores rojizos, lo que era un mal presagio.

Hasta los oídos de la sacerdotisa llegó la monótona pero penetrante melodía que se asemejaba a un canto fúnebre, a un lamento prolongado, en el que los vivientes expresasen su reverencia a los muertos con todo fervor.

—Ha llegado el momento —murmuró para sí.

Debra dirigió una última mirada a las dos lunas, que seguían viéndose enrojecidas, y franqueó la puerta de la terraza hundiéndose en la semioscuridad del corredor que conducía al Gran Salón del Ceremonial.

Las cinco postulantes se hallaban allí, alineadas en el centro del templo, vestidas con sus brillantes túnicas rojas.

Debra las miró con compasión, sabedora de la suerte que les estaba reservada.

Como una confirmación a los presagios, el Sumo Sacerdote Kanasés avanzó hacia ellas, escoltado por los cinco elegidos para realizar el sacrificio en honor de Kolti, el dios del Mal, cuya ira sólo podía aplacarse con sacrificios humanos.

Kanasés apuntó a las víctimas con el símbolo mortal y clamó con voz tonante:

—Llevad a las postulantes a la antecámara de Kolti. ¡Y cúmplase su voluntad!

Los cinco elegidos se apoderaron de las postulantes, uno de cada una de éstas y, sin que encontraran resistencia, las condujeron a la antecámara del dios del Mal, mientras Kanasés seguía proclamando:

—Antes de recibir el supremo honor y tal como establece el Libro, sacrificarán su virginidad.

Casi como un eco a sus palabras, unos gritos de dolor, procedentes de la antecámara de Kolti, llegaron a cuantos se hallaban en el Gran Salón del Ceremonial.

—La primera violación ha sido efectuada —murmuró Debra, torciendo el gesto y viendo como cinco de los sacerdotes de Kolti se adelantaban en dirección a la antecámara—. Y ahora continuarán los demás.

La mueca desdeñosa que se había dibujado en sus labios atrajo la atención de Kanasés, el cual se acercó a ella y le habló en susurros.

—No te gusta lo que están haciendo, ¿verdad, Debra?

Ella respondió con un gesto de cabeza, negativamente. Kanasés sonrió lascivo, sujetándola del brazo.

—No te quejes. Tú tuviste suerte y te libraste de todo eso cuando te elevé al rango de sacerdotisa.

—Sí… y te estoy agradecida.

Kanasés le acarició subrepticiamente el brazo desnudo, diciéndole en voz baja:

—Cuando todos duerman en el templo ven a mi aposento.

Debra le miró a los ojos, sin parpadear.

—La ceremonia terminará tarde…

—No importa. Te esperaré despierto.

—Entonces… ¡iré!

Con eso se terminó el aparte, coincidiendo con la salida de la antecámara de un tercer grupo de cinco hombres, que estaban siendo reemplazados por otros tantos.

Del interior de la antecámara no llegaba ya ningún grito ni la menor exclamación de dolor. Las víctimas propiciatorias debían de haberse resignado ya a su suerte.

Casi dos horas más tarde, al par que una música vibrante resonaba en el templo, las cinco jóvenes eran llevadas casi a rastras, desnudas, hasta la gran ara de los sacrificios, encima de cuya superficie fueron tendidas y amarradas.

Un acólito ofreció a Kanasés la túnica escarlata propia de la ceremonia que iba a efectuar. El Sumo Sacerdote se la endosó y avanzó hasta situarse delante de las desdichadas que le miraban con ojos horrorizados. Tras él caminaron, pausados y majestuosos, unos sacerdotes provistos de jofainas de metal bruñido y se situaron alrededor del ara.

Kanasés recogió el cuchillo del sacrificio, en metal labrado y con filo semicircular. Sus brazos se alzaron sujetando con ambas manos aquel arma y, manteniéndola sobre los cuerpos de las indefensas jóvenes, el Sumo Sacerdote voceó:

—¡Oh, Kolti, escucha nuestra plegaria!

Y la asamblea respondió a coro:

—¡Escúchanos, Kolti!

—¡Sea nuestra la juventud de estas doncellas! —volvió a gritar Kanasés.

—¡Así sea! —proclamó el gentío.

El cuchillo del sacrificio, hábilmente empuñado por Kanasés, descendió como un rayo sobre el pecho de una de las jóvenes, hiriéndola de muerte.

Cinco gestos fulgurantes bastaron para que el Sumo Sacerdote partiese los corazones de sus indefensas víctimas, de cuyas gargantas brotó un suave pero estentóreo gemido.

Casi al instante, los sacerdotes portadores de las jofainas se apresuraron para recoger la sangre que manaba de las heridas recién abiertas por Kanasés.

Todos los presentes en el templo bebieron a sorbos la sangre caliente, que les fue ofrecida por los acólitos del Sumo Sacerdote, en tanto que éste, con gesto imperativo, ordenaba a los matarifes que procediesen a descuartizar a las víctimas para ofrecer porciones de carne a los fanáticos adoradores de Kolti.

Kanasés sonrió cruel, viendo como el gentío mordía con fruición y deleite la carne de las víctimas, igual que si fueran los bocados más exquisitos, a pesar de que se trataba de carne cruda, sanguinolenta, y humana para más señas.

Debra giró el rostro, apartando la mirada de aquel horrendo espectáculo y sintiendo que su estómago se retorcía de náuseas.

Crispados los rasgos de su hermoso rostro, la sacerdotisa se alejó del Salón del Gran Ceremonial, para buscar refugio en la solitaria

terraza, iluminada ahora por la pálida luz de las dos lunas.

—Es inconcebible tanta crueldad… —murmuró Debra entre dientes—. Inconcebible e innecesaria.

Luego, por su atormentada mente pasó como un destello la orden que había recibido de Kanasés, y musitó:

—Esa fiera sanguinaria estará ahora más excitado que nunca. Por eso quiere que después de la ceremonia vaya a su aposento. Y lo malo es que, por mucho que me asquee, no tengo escapatoria posible. ¡No tengo más remedio que ir y someterme a su implacable voluntad!

Convencida de que nada ni nadie podía mejorar su destino, Debra abandonó la terraza para marchar con paso cansino, con el paso propio de los vencidos, encaminándose al aposento privado del Sumo Sacerdote Kanasés, que la aguardaba, abrasado en deseos, para saciar en ella su hambre sexual.

4

Transcurrieron cinco minutos antes de que la astronave se inmovilizara en la órbita de Kazan-X-07. Toda una serie de sacudidas agitó el conjunto, amenazando con destrozar los diferentes complejos de unión.

Noah Herzog, el jefe de Control, se las vio y deseó para conseguir que el aparato espacial se estabilizara en aquella órbita, a pesar de lo peligroso que eso podía resultar. Pero lo que no pudo hacer fue atender a las angustiosas llamadas que le hacía el jefe de pilotaje.

—Lo siento, Zoltan —dijo a su compañero—, pero es imposible de todo punto escapar de la órbita y regresar al espacio exterior.

—¡Lo dije! —Exclamó rabioso Zoltan—. No dirás que me estuve cruzado de brazos cuando detecté el peligro. Avisé y pedí que se me dejara hablar con el comandante.

—¿Y qué crees que hubiera solucionado él hablando contigo?… Te aseguro que, desde hace rato, estamos intentando por todos los medios no caer en esta órbita, pero no se ha podido evitar. Las circunstancias nos han dominado.

Zoltan Sellers se deshizo en una serie de maldiciones, después de lo cual preguntó:

—¿Qué puedo hacer yo ahora?… ¿Qué solución tengo?

Noah se encogió de hombros y rezongó:

—¿Puedes gobernar la nave?

—No… Ya lo sabes.

—Entonces sólo te resta hacer lo mismo que los demás. Esperar… esperar y seguir esperando.

—¿Hasta cuándo?

—¡Y yo qué sé!

El jefe de Control emitió un gruñido añadiendo después:

—El comandante ha ordenado que todos permanezcamos a la

expectativa. Hay que aguardar a que se produzca algo, vete a saber qué, pero algo que nos permita intervenir.

—¿Y si ese algo no se produjera? —insistió Zoltan.

Noah volvió a encogerse de hombros.

—Si así fuese estaríamos tan jodidos como ahora… o tal vez más. Pero no tengo elección. De momento, al menos, no podemos intervenir y hacer que varíe la situación, así que, aunque no nos guste, seguiremos esperando.

Zoltan fue a decir algo, pero en ese momento se oyó la voz de Sybil Tropez, la encargada de comunicaciones, que reclamaba la atención del comandante.

—¿Qué ocurre, Sybil? —preguntó Height.

—He establecido un contacto… pero no sé qué puede representar.

—Dame más detalles, por favor.

—Se trata de un mensaje plasmado en la órbita y que se repite a intervalos regulares.

—¿Lo has descifrado?

—Sí. Y es por eso por lo que llamo.

—Bien, dame ese dichoso mensaje.

Sybil respondió dando paso a la traducción.

—Atención, viajeros del espacio. Nuestro mundo corre peligro de destrucción. No tenemos escapatoria.

La técnica nos ha derrotado cuando habíamos triunfado. Aprended la lección y escarmentad en cabeza ajena.

La encargada de comunicaciones señaló:

—Ahora vienen unas interferencias que no parecen tener ningún significado. Y sigue el mensaje: Vamos a dejar constancia de lo que causó el desastre y también recomendaciones para que los sobrevivientes no sean exterminados por completo. Confiamos en que la raza se salve aunque vuelva al primitivismo. Pero mejor es eso que la extinción total.

El comandante había escuchado atentamente la transcripción del mensaje. Luego preguntó:

—¿No hay nada más?

Sybil respondió con una negativa.

—¿Y ese mensaje a que alude el que tú has encontrado? —siguió preguntando Height.

—Aquí no está —respondió la mujer—. Tal vez se halle en la superficie de Kazan-X-07.

—En ese caso… —murmuró el comandante—. Habrá que ir en su búsqueda.

Y, como si no pudiera resistir la tentación, Leander Height dirigió una mirada escrutadora a la pantalla de observación en la que se reflejaba el planeta Kazan-X-07.

5

Debra no recordaba nada que pudiera ayudarla a escapar a su destino. Sí recordaba, en cambio, los estados de ánimo de Kanasés y la violencia con que éste la sometía a la férula, haciéndola sufrir el peso de su cólera, que a veces se traducía en menosprecio e iba seguido de humillaciones.

Humillaciones…

Como la noche aquélla en que, en un estado de casi absoluta embriaguez, la entregó a sus hombres de confianza para que satisficieran en ella sus más bajos instintos. O como aquella otra noche en que, inclinándose servil ante el Adalid de su pueblo, la cedió a éste para que se solazara con ella hasta el amanecer, después de lo cual el jefe supremo de los guerreros se sintió con fuerzas para aniquilar a sus adversarios, a aquéllos que osaron alzarse en armas contra él.

—¿Por qué se produjo la rebelión de los Contempladores? —se preguntó a sí misma—. Todos les teníamos por hombres pacíficos, incapaces de cualquier gesto violento y mucho menos aún de lanzarse a una revuelta en la que habrían de morir muchos de ambos bandos.

Sin embargo, Debra recordaba también que cuando fue apresado el Portavoz de los Contempladores, su interrogatorio lo dirigió el propio Kanasés, en presencia del Adalid. Y ella no podía olvidar —de hecho no lo olvidaría nunca— cómo aquel hombre, enteco y casi esmirriado, fue capaz de plantar cara y de mostrarse insumiso a los forzudos verdugos de Kanasés.

—Demostró que no les tenía miedo —musitó—, que el dolor no hacía mella en él. Era como si le animase un espíritu sobrenatural. Y así lo dijo cuando le preguntaron.

Y ella recordó aquel instante.

6

A la luz rojiza de los hachones la cara de Nehush parecía haberse teñido de sangre. Igual que las lunas que estaban en el cielo y brillaban entre un mar de nubes, también enrojecidas.

La sangre parecía estar en todas partes.

Era una amenaza patente, real.

Kanasés se inclinó sobre la víctima, que yacía encima de una tela atravesada por pinchos aguzados, en los que a cada movimiento del reo, éste dejaba girones de su carne macerada.

—¿Te decides a hablar, Nehush?

—Ya dije… cuanto tenía… que decir —replicó el torturado con voz entrecortada por el dolor.

—No has dicho bastante. Quiero saber el nombre de vuestro cabecilla, el rival del Adalid.

Nehush miró con ojos desvariados al jefe supremo de los guerreros, que asistía a su interrogatorio, cruzado de brazos, despreciativo, pero atento a todas y cada una de sus palabras.

Los labios de la víctima se movieron espasmódicos y murmuró:

—Tampoco ignoráis su… nombre. Es el de… Líder.

—Sí, pero debes decimos dónde está.

—Líder está… en todas partes… Allá donde se le invoca… Él no defrauda a quienes confían… a quienes creen en él. Y aparecerá… de nuevo… cuando más necesario sea.

—¡Bah! —exclamó Kanasés despectivo—. Lo que dices no es más que una leyenda. No tiene pies ni cabeza.

Nehush abrió unos ojos como platos, desorbitados, y sus labios volvieron a agitarse convulsos.

—Dices que Líder es… una leyenda. Y es verdad… lo es, pero la leyenda vive en mí… en todos nosotros… ¡Es una leyenda viviente!

El Adalid contrajo la boca en una mueca, que expresaba su rabia a la vez que su impotencia, y aulló:

—¡Hacedle callar de una vez por todas! ¡Silenciadle para siempre! ¡Que no hable nunca más!

Kanasés hizo un gesto con la cabeza, de asentimiento y reverencia. Luego se volvió a los sayones.

—Cúmplase el mandato del Adalid —ordenó.

Al instante, el jefe de los sayones, desenfundó su daga y la clavó en mitad del pecho de Nehush. El portavoz de los Contempladores exhaló un prolongado gemido. El último de su vida.

El Sumo Sacerdote apuntó a él con el índice y ordenó:

—Descuartizadlo. Que su fortaleza pase a nuestros cuerpos.

Después, a medida que la carne de Nehush iba siendo troceada, Kanasés la repartió entre sus adictos, reservándose el cerebro y el corazón para sí mismo y para el Adalid.

Ambos a una se refocilaron con aquellos trozos del cuerpo de su víctima, masticando con fruición, con igual placer que si degustaran unas golosinas, convencidos al mismo tiempo de que, con aquel acto canibalesco, estaban asimilando la fortaleza y el vigor del hombre al que habían hecho matar por el gran delito de ser una especie de embajador de aquel Líder, al que se atribuía la condición de leyenda viviente.

7

El corazón de Debra latía con fuerza. En su cerebro se agolpaban las imágenes de aquella terrible escena en la que ella tuvo que participar como testigo forzado. Kanasés se la había cedido al Adalid para que éste gozara a placer de su cuerpo apenas núbil.

Muchos años habían transcurrido desde entonces, pero Debra no había podido olvidar jamás ni el cuerpo lacerado de Nehush, ni tampoco sus palabras proféticas.

«Líder es una leyenda viviente… Está en todas partes, allá dónde se le invoca… Él no defrauda a quienes confían o creen en él».

Debra suspiró y se volvió hacia un lado, para ver como Kanasés dormía junto a ella, igual que un cerdo ahíto. Podía sentirlo a su lado así como oír su respiración. Todo su cuerpo temblaba en estremecimientos de ansias inconfesables.

Aunque pareciese extraño e irónico, en momentos como aquél, Debra seguía pensando en Nehush y en aquel Líder incógnito del que era su portavoz.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de la mujer que, sumiéndose en el sueño, se sintió transportada a lejanas regiones etéreas, donde el Mal del que era dios Kolti no tenía cabida posible y donde en cambio triunfaba el Líder, venerado por los Contempladores y por todas aquellas personas que creían posible un renacer de la justicia y del bienestar en su mando.

Debra, incluso en sueños, tuvo la sensación de que las ilusiones que se albergaban en su mente podían hacerse realidad. Sin embargo, para que esto fuese así, sería preciso que Kolti y sus bárbaros seguidores fueran erradicados para siempre de Kazan, y con su desaparición se pusiera fin a las costumbres que habían instaurado después de la Gran Catástrofe.

—Sólo el Líder puede conseguirlo —musitó en la entreveía—. Sólo él puede poner fin a tanta crueldad, a las maldades generadas

por el Adalid y Kanasés.

Los ojos de Debra continuaban cerrados, pero en su mente se agitaban unos pensamientos liberadores. Y ella veía como si saliera de entre nubes que el Líder aparecía, encamado en un hombre fuerte y vigoroso, que convertía la leyenda de su existencia en auténtica realidad.

En una leyenda viviente.

8

El profesor Keldetter preparó las placas visoras de observación y, cuando hubo terminado de ajustarlas, procedió a su proyección en la pantalla.

Leander Height señaló a las figuras circulares, situadas en unas órbitas paralelas, y murmuró:

—Esos dos satélites pueden sernos de mucha utilidad a la hora de dirigirnos a la superficie de Kazan-X-07. Necesitaría datos de ambas lunas para estudiar las posibilidades de una ocupación, aunque sea parcial y temporal.

—Haré que la computadora nos los facilite enseguida —dijo Keldetter, que se apresuró a preparar las fichas en cuestión para introducir la solicitud en el ordenador.

—Mientras tanto —indicó el comandante—, no estará de más que estudiemos las posibilidades que tenemos de enviar una expedición a la superficie del planeta para realizar una primera exploración.

Zoltan Sellers dejó escapar un gruñido antes de comentar con tono acerbo:

—El problema de la distancia se reduce a la mínima expresión habida cuenta la atracción magnética de ese cochino mundo. Podemos salir de aquí cuando queramos…, siempre que sea para posamos en su superficie.

—De acuerdo —convino el jefe de Control—, pero es preciso averiguar previamente cuál es la zona más apropiada para el descenso y el aterrizaje.

—Y eso sin olvidar el peligro de los temporales que azotan la superficie —indicó ceñudo el comandante—. No me gustaría que una tormenta destrozase una de nuestras naves de exploración.

Apenas terminó de hablar que ya Keldetter llamaba su atención y les decía:

—Tenemos a nuestra disposición los datos sobre las Lunas gemelas de Kazan.

—Bien. Veamos cuáles son sus particularidades y podremos proceder en consecuencia.

Los ojos de todos los presentes se fijaron en la pantalla luminosa en la que podían verse ambas lunas de Kazan-X-07. Al mismo tiempo, escucharon los datos que, suministrados por la computadora central, iba leyendo el profesor. Luego, cuando éste hubo terminado su exposición, el comandante resumió los pensamientos de cuantos se hallaban en la cabina de mandos.

—No podemos arriesgamos a posarnos en ninguna de esas dos lunas a sabiendas de que no nos ofrecen ninguna compensación. Es preferible descender hasta el planeta.

Leander Height dirigió una mirada escudriñadora a sus subalternos y preguntó:

—¿Alguien se opone?

Un silencio elocuente fue la respuesta.

—Bien. En ese caso —añadió el comandante—, lo mejor será que nos dediquemos a preparar una expedición para que explore la superficie de Kazan-X-07.

Height hizo un gesto significativo al profesor, que, sin perder más tiempo, reemplazó la proyección de las Lunas gemelas por la del planeta. Los instrumentos de aproximación fueron ampliando las perspectivas de visión, hasta que en pantalla apareció una zona en la que se apreciaba la existencia de unas ruinas.

El comandante lanzó una exclamación de triunfo:

—Ya tenemos en pantalla la que me parece una zona idónea para comenzar nuestra exploración.

Varios gruñidos afirmativos fueron la respuesta que obtuvo, por lo que, volviéndose hacia Zoltan Sellers ordenó:

—Disponga lo necesario para esta misión. Usted estará al mando de la expedición.

—Necesitaré de colaboración científica…

—Mi ayudante, Silas Llacer, le acompañará —indicó el profesor Keldetter—. Es el más capacitado para algo así.

—¿Y las comunicaciones con la astronave? —Insistió Zoltan—. Necesito que estén garantizadas.

—Iré yo en persona, con mi ayudante —declaró Sybil.

El comandante abrió la boca como si fuera a negarse a dar el correspondiente permiso, pero una mirada elocuente de la jefe de comunicaciones le hizo abstenerse de protestar.

—Además —añadió la mujer—. Yo he captado el primer mensaje y creo ser quien está en mejores condiciones para localizar el segundo a que hacía referencia aquél.

—De acuerdo —gruñó Leander Height, visiblemente descontento y malhumorado—, pero no hay que olvidar que Kazan-X-07 es un mundo hostil y que sus habitantes pueden considerarnos enemigos suyos, recibiéndonos como a tales. No estará de más que vaya también un grupo de centinelas bien armados.

Zoltan frunció el entrecejo y rezongó:

—Considerando la escasa capacidad de las naves de exploración superficial, no es aconsejable que vayamos más de media docena. Por lo tanto, me acompañarán Sybil, Llacer, sus respectivos ayudantes, y tres centinelas. Seremos ocho en total. Además, no hay que olvidar lo que anteriormente dijo el profesor Keldetter: «los habitantes de este mundo deben de estar en un estado de primitivismo».

—Exacto —apoyó Sybil—. Y eso lo confirma el mensaje que pude captar.

—Está bien —murmuró el comandante—. No irá nadie más pero los centinelas llevarán un equipo completo de desintegración. Primitivos o no, los habitantes de Kazan pueden ser peligrosos y nuestros desintegradores darán buena cuenta de cualquier conato de resistencia por su parte.

—Conforme, comandante —dijo Zoltan. Y volviéndose hacia los demás, agregó—: Vayan a preparar sus cosas. Partiremos de la astronave dentro de una hora.

Después de dar aquella orden, Zoltan Sellers fue a elegir personalmente a los centinelas que deberían formar parte de la expedición, dirigiéndose a continuación al sector de la lanzadera para ocupar el módulo de exploración.

9

Kanasés se pasó la mano por su cabeza rapada y arregló maquinalmente un imaginario desorden en su túnica. Luego con voz solemne y pomposa le habló al heredero del Adalid.

—Desde el principio de los tiempos el hombre se ha preguntado quién era y para qué estaba en el mundo. Sólo los grandes sabios pudieron conocer la respuesta, pero en su soberbia desafiaron a Kolti y, al granjearse el odio del dios, perecieron víctimas de la Gran Catástrofe, sin dejarnos otra herencia que las enseñanzas secretas recogidas por quienes se mantuvieron fieles a las leyes de Kolti. Esos hombres fueron sus sacerdotes y el Adalid.

—¿Queda aún algún sobreviviente de la Gran Catástrofe? —inquirió el heredero del Adalid.

—No. Todos han ido muriendo a lo largo de diez generaciones. Después de aquella hecatombe el mundo se volvió yermo y las tormentas lo asolaron todavía más. El hambre y las enfermedades se asentaron en él aumentando el número de los muertos. Por eso, para sobrevivir, fue preciso que se tomasen medidas muy enérgicas, las que aplicaron el primer Adalid y los fieles sacerdotes de Kolti, que encontraron en la carne de las víctimas la fuerza necesaria para garantizar la supervivencia.

Kanasés miró con fijeza al joven y, con tono de voz lúgubre, siguió hablando.

—Es ley de vida que tu padre rinda su existencia para que tú heredes el poder. Por eso recibes la instrucción necesaria a fin de que cuando gobiernes el mundo lo hagas con el conocimiento de un sabio y te muestres fiel a los dictados de Kolti.

El muchacho miró con recelo a Kanasés. El heredero del Adalid sentía un miedo instintivo hacia aquel hombre, que sabía era cruel y sanguinario, pero cuyo poder era indiscutible. Recordó que más de una vez había escuchado a su padre, el Adalid, que Kanasés era

temible y peligroso como enemigo.

«Quizá sea —pensó el joven— porque él se reserva siempre el corazón y el cerebro de las víctimas que se sacrifican a Kolti. Él asimila su fuerza, sus poderes mentales y físicos, y deja para los demás unas piltrafas que no sirven más que para seguir viviendo sin posibilidades de adquirir una fuerza o poder mayores. Y es tan astuto el condenado que, cara al pueblo, sólo cede parte del corazón o del cerebro de las víctimas cuando son mujeres, o jóvenes carentes de experiencia y de saber».

Mientras el heredero del Adalid discurría de aquel modo, Kanasés seguía hablando del remoto pasado y del próximo futuro, en el que, según sus palabras, el muchacho tendría que jugar un papel definitivo.

Una pregunta quemaba los labios del joven y, sin pensar que al formularla pudiese contrariar al poderoso Kanasés, le espetó:

—¿Qué papel juegan en el futuro los Contempladores?

El Sumo Sacerdote de Kolti hizo un gesto de cólera. Su cráneo rapado enrojeció a impulsos de la ira que le dominaba, como sucedía siempre que alguien nombraba en su presencia a quienes eran los más ardorosos enemigos de Kolti y de sus seguidores.

—¡Ellos son la basura de nuestro mundo! ¡Traidores a las leyes de Kolti! ¡Degenerados que no merecen vivir!

—Pero, si no me equivoco, antes de la rebelión eran pacíficos y hablaban de una leyenda que se haría realidad…

—¡Mentira! ¡Todas sus palabras son mentira! —gritó exasperado Kanasés—. Ellos no eran pacíficos. Sólo lo parecían. Ocultaban su traición tras una máscara de bondad. Pero todo se puso al descubierto cuando el nefasto Nehush se alzó en armas contra tu padre en nombre de aquél a quien llamaba Líder. Un hombre que nunca ha existido ni existirá jamás.

—¿Es cierto que murió Nehush?

—Sí. Y lo hizo después de confesar su falsedad. Su declaración está guardada en el templo de Kolti para ejemplo de quienes pretendan seguirle en su camino de traición que les llevará, indefectiblemente también, hasta la muerte.

—Pero esa leyenda…

—No es más que eso: ¡una leyenda! ¡Una sarta de mentiras con que los traidores tratan de conseguir que los crédulos e ingenuos les

sigan!

Viendo la exaltación de Kanasés, el heredero del Adalid no se atrevió a seguir preguntando sobre aquel Líder del que, en voz baja, en susurros y cuchicheos, se decía que había de aparecer en el mundo como un libertador, haciendo que la leyenda se convirtiese en realidad.

Kanasés se dio cuenta de que el silencio se estaba prolongando y, mirando fijamente al joven, igual que una serpiente hipnotiza a la presa que se dispone a engullir, preguntó:

—¿Estás fatigado?

—Un poco…, sí.

—En ese caso demos por terminada la clase de hoy. Retírate a descansar.

El muchacho se puso en pie rápidamente, desmintiendo con aquel gesto sus palabras, y exclamó.

—Queda en paz, Kanasés.

—Que Kolti cuide de ti, futuro Adalid.

Kanasés le vio marchar y sus labios se curvaron en una mueca.

«Vete, necio. Vete con tu padre, que no es menos necio que tú. Hacéis bien en temerme, porque el día de mi triunfo está cada vez más cerca y ése será el final de vosotros. Aquí no hay cabida para los cretinos de vuestra casta. Vuestros corazones y cerebros serán mi alimento y yo seré, además del Sumo Sacerdote de Kolti, el nuevo y único Adalid».

Kanasés se pasó la lengua por sus gruesos labios, degustando de antemano los sesos y corazón de sus futuras víctimas. Saboreaba el resultado de la traición que fraguaba y contra la que no había nadie que la pudiera contrarrestar.

Tremendamente excitado, Kanasés dio unas palmadas y cuando acudió su escolta, le ordenó:

—Ve en busca de Debra y tráemela.

Aquel hombre, ambicioso y concupiscente, necesitaba de todos los placeres imaginables. De ahí que requiriese la presencia de la mujer que tenía sometida igual que a una esclava. Pero, antes de que Debra compareciese ante él, se precipitó en su estancia uno de los sacerdotes de Kolti que parecía enloquecido.

—¡Kanasés! ¡Ha ocurrido algo inimaginable!… ¡La leyenda, Kanasés! ¡La leyenda se hace realidad!

El Sumo Sacerdote, que había fruncido el entrecejo al ver irrumpir a aquel sicario suyo en momento tan inoportuno, se alarmó al oír sus palabras. Se le acercó tratando de dominar su nerviosismo y le preguntó:

—¿Qué te sucede, Galthe? ¿A qué vienen esas voces?

El otro volvió a hablar atropelladamente, mientras Kanasés trataba de calmarle. Al fin, cuando logró que pudiera expresarse con relativa tranquilidad, el Sumo Sacerdote logró averiguar el motivo de su exaltación.

—Estando en el observatorio descubrí la aparición de un cuerpo extraño que se acercaba a nuestro mundo a velocidad prodigiosa. Era como si un meteorito fuese a caer en la superficie, pero vi con sorpresa que variaba de rumbo en el cielo, igual que podría hacerlo un pájaro al volar.

—¿No has bebido más de la cuenta el extracto de raíces?… Eso que dices no puede ser cierto.

Galthe alzó la cabeza al responder.

—Ni he probado el extracto de raíces ni veo visiones. Lo que te he dicho es la verdad. El extraño objeto que he descubierto descendió del cielo a velocidad fulgurante. Parecía un rayo. Pero eso fue al principio. Después, al acercarse a la superficie, disminuyó la velocidad y se movió en el aire como si buscase algo, un sitio donde posarse. ¡Y así lo hizo después!

Alterado por aquellas palabras desconcertantes, Kanasés sujetó por la túnica a su excitado informante y rugió:

—¿Dices que se ha posado en la superficie?

—Sí, Kanasés. Lo ha hecho.

—¿Dónde? ¡Dilo todo de una vez!

Galthe señaló hacia la puerta, como si así pudiese mostrar el lugar a que se refería y musitó:

—Vi que se posaba muy cerca de las ruinas del viejo templo de los Números. Y allí debe de estar aún.

Con el entrecejo fruncido, terriblemente preocupado, Kanasés inquirió:

—¿Sabe alguien más…?

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Galthe—. Yo estaba solo en el observatorio cuando se produjo el hecho. Y partí de allí sin decirle nada a nadie.

—Bien… —murmuró Kanasés acercándose subrepticiamente a una mesita baja, sobre la que se veía una bandeja con frutas y un aguzado cuchillo de doble filo—. Has obrado del modo conveniente y eso te valdrá una buena recompensa.

Galthe no se dio cuenta de lo que hacía el Sumo Sacerdote, el cual, dándole la espalda, agarró el cuchillo sin que el otro lo advirtiese y se apresuró a ocultarlo entre los pliegues de su túnica.

—¿Qué harás ahora, Kanasés? —Preguntaba muy excitado Galthe—. ¿Qué le dirás al pueblo, a los otros sacerdotes, al Adalid…? ¡Esto es una catástrofe!

Y, como Kanasés continuara callado, pensativo, Galthe se atrevió a sugerir:

—¿No crees que ese extraño artefacto volador sea, precisamente, un vehículo en el que vaya el legendario Líder?

Kanasés miró con ojos de serpiente al atemorizado sacerdote, mientras su mano derecha acariciaba el mango del cuchillo, que seguía ocultando entre los pliegues de su túnica.

—Haces demasiadas preguntas, Galthe. Demasiadas…

El tono de voz de Kanasés era melifluo y falsamente amable, pero en sus ojos había un brillo de amenaza.

—Es que quisiera saber cuál será ahora nuestro camino.

—Te lo diré en el momento oportuno.

—Es que no nos queda mucho tiempo. Si Líder viene…

Las palabras murieron en la garganta de Galthe, cuyos ojos se desorbitaron al ver que el Sumo Sacerdote alzaba la diestra, con la que empuñaba el cuchillo. Fue a gritar, pero Kanasés actuó con rapidez.

El cuchillo centelleó al ser dirigido por Kanasés al corazón de aquel desdichado.

Sin que pudiera exhalar ni siquiera un gemido, Galthe se desplomó muerto a los pies de Kanasés.

Un chorro de sangre brotó de la herida por la que la vida se escapaba del cuerpo de Galthe, para el que su asesino sólo tuvo palabras de falsa conmiseración.

—Te lo dije, Galthe. Te avisé de que hacías demasiadas preguntas… y eso es malo para la salud.

El Sumo Sacerdote movió con el pie el cuerpo de su víctima para comprobar que era cadáver. Después se inclinó sobre él y con la

práctica de un consumado matarife, le sacó el corazón, todavía palpitante, y lo devoró a mordiscos, relamiéndose para no desperdiciar ni una gota de la sangre que resbalaba por las comisuras de sus labios.

Terminado el macabro festín, Kanasés irguió su cuerpo y llamó al escolta.

—Llévate de aquí a este cadáver.

—¿Es para mí? —preguntó el escolta con avidez.

—No. Dáselo a mi fiel Rijen. Que él proceda a repartir equitativamente la carne entre los sacerdotes y guardias del templo. Comed todos de ese cuerpo en memoria de Kolti y celebrad una fiesta en su honor.

El escolta no se hizo repetir la orden. Agarró por los tobillos el cadáver y lo sacó a rastras de la estancia, en la que quedó solo Kanasés, contemplando el reguero de sangre dejado por el cuerpo del desdichado Galthe.

«Él dijo que el extraño artilugio volador se había posado cerca de las ruinas del viejo templo de los Números. Tendré que ir allá y verificar por mí mismo de qué se trata».

Kanasés era consciente de que en un asunto de tanta gravedad y trascendencia no podía confiar en nadie. De ahí que tomara aquella decisión, pero cuando se disponía ya a abandonar su aposento llegó Debra.

—Me has hecho llamar —dijo ella al entrar e inclinarse ante Kanasés—. Aquí me tienes.

—¡Me había olvidado de ti…!

Ella levantó el rostro y le miró sorprendida, pero ya Kanasés había tomado una decisión. Apuntó con el índice a su lecho y ordenó:

—Acuéstate y mantén caliente mi cama. Cuando vuelva me ocuparé de ti.

Debra volvió a inclinar la cabeza ante el Sumo Sacerdote y replicó:

—Oigo y obedezco, mi señor.

Sin embargo, mientras se iba hacia el lecho del Pontífice de Kolti, la mujer no pudo por menos que fijarse en la actitud de Kanasés y murmuró para sí:

—¿Qué se traerá entre manos?… ¿Cuáles serán sus

intenciones?… ¿Quién morirá por su culpa?

Al verle marchar, Debra estaba segura de una cosa: la marcha precipitada de Kanasés no podía augurar nada bueno para alguien. Pero, lo que ella ignoraba, era que Kanasés se dirigía al lugar en donde acababa de posarse una nave terrestre de exploración a bordo de la cual habían llegado siete hombres y una mujer.

10

Zoltan Sellers tenía la mirada fija en la pantalla observando cómo su nave iba aproximándose al planeta. De minuto en minuto verificaba su situación, asegurándose de que se mantenía en las coordenadas preestablecidas por Herzog, el jefe de Control de la que ahora llamaba
nave-nodriza
.

Las lunas de Kazan-X-07 habían quedado atrás y la nave exploradora seguía avanzando. La órbita de aquéllas estaba totalmente rebasada. Ya no había peligro, pues, de que fuesen atraídos por las Gemelas.

El piloto redujo un tanto la velocidad a medida que se acercaban a la superficie de Kazan-X-07.

Sybil seguía atentamente todos y cada uno de los movimientos del jefe de pilotaje. Se sentía segura a su lado, pero no dejaba de pensar en lo que podría suceder después, cuando se posaran en la superficie de aquel planeta. Instintivamente giró el rostro para mirar a los tres centinelas. Se les veía relajados, aunque empuñasen sus desintegradores.

«Los habitantes de Kazan no tienen ninguna posibilidad contra nosotros —pensó sintiéndose más tranquila—. Si, como dijo el profesor Keldetter, se trata de mutantes, homínidos o primitivos, no podrán nada contra nuestros desintegradores. A razas de ese tipo tendrán que parecerles artilugios diabólicos… o algo por el estilo».

Enfrascada en sus pensamientos, Sybil no se dio cuenta de que la nave entraba ya en la atmósfera de Kazan-X-07. Lo percibió cuando Zoltan redujo aún más la velocidad.

—¿Estamos cerca de nuestro objetivo? —inquirió ella dirigiéndose al piloto.

Zoltan contestó con un gruñido afirmativo.

—¡Ahí están las ruinas que buscamos!

Igual que si les accionase un resorte, los tres centinelas se pusieron en pie, apretando sus manos en los desintegradores y mirando hacia donde señalaba Silas Llacer.

A bordo, el silencio se hizo más denso.

Cuantos se hallaban en la nave exploradora estaban tensos y preocupados. Ninguno hablaba.

Zoltan evolucionó sobre las ruinas a la mínima velocidad para verificar si había algún rastro de vida en aquellos alrededores. Luego, al comprobar que no era así, siguió descendiendo y puso a cero turbinas y compresores.

—¡Atención todos! —exclamó—. ¡Vamos a tomar tierra en cinco minutos!

Varias sacudidas hicieron estremecer la nave, cuando ésta se deslizó por la pequeña llanura, que había delante de las ruinas, aplastando la hierba y los matorrales que la cubrían dándole el aspecto de una gran alfombra verde.

—¿Vamos a salir ya? —inquirió el jefe de los centinelas, señalando al exterior.

—No —respondió el piloto—. Antes hay que tomar algunas precauciones. No quiero tener sorpresas.

Zoltan se volvió hacia el ayudante de Keldetter.

—¿Puede comprobar si hay rastros de vida?

—Ahora mismo.

Silas se apresuró a entrar en el observatorio del módulo para cumplimentar la orden del piloto y jefe de la expedición. Entretanto, Sybil y su ayudante, cargaron con los equipos de transmisión a fin y efecto de buscar el mensaje de los antiguos habitantes.

Al cabo de unos minutos, Silas Llacer se reunió con los demás y manifestó:

—Todo está en orden, Zoltan. En varios kilómetros a la redonda no hay rastro de vida humana. He detectado, eso sí, la presencia de animales.

—¿Feroces?

—Eso no puedo averiguarlo a distancia. Lo sabremos cuando los veamos. Por eso no estará de más que los centinelas vayan en vanguardia.

Zoltan se volvió hacia los aludidos y ordenó:

—Salid por la compuerta. Considerando que la atmósfera es respirable no será preciso utilizar escafandras ni salir por la esclusa neumática.

Jeremy Brooks, el jefe de los centinelas, hizo un gesto de asentimiento. Se encaró con sus hombres.

—Efectuaremos un avance en progresión escalonada. Tú, Harían, saldrás el primero y marcharás en dirección a las ruinas, deteniéndote a medio camino. Prescott irá detrás de ti, a una docena de metros de distancia, para ayudarte en caso de necesidad. Yo saldré tras vosotros para cubriros a ambos.

Brooks señaló un lugar en la explanada.

—Cuando te hayas detenido —dijo a Harían—, Prescott te rebasará hasta ganar las ruinas. Después, yo ocuparé tu puesto mientras vas a reunirte con él. Finalmente, llegaré yo e informaremos a la nave.

Al terminar la exposición de su plan, Brooks miró al piloto como pidiendo su aprobación. Zoltan se mostró acorde con las medidas tomadas por el jefe de los centinelas, en vista de lo cual éste se adelantó hasta la compuerta y ordenó:

—Harían, Prescott, vamos… ¡En marcha!

Instantes después, los tres centinelas abandonaban la nave de exploración y, en la forma prevista, avanzaron hasta ganar las ruinas.

11

—Atención, Zoltan... Brooks llamando. Sin novedad. No se ve a nadie en las ruinas. Deben de estar así, abandonadas, desde hace siglos... Conteste, Zoltan. ¿Qué hacemos? ¿Proseguimos la exploración en el interior?... ¡Corto!

Zoltan se mordió el labio inferior, como si le costara tomar una decisión. Luego movió la cabeza negativamente y, respondiendo a la pregunta de Brooks, transmitió:

—Permanezca en su puesto, pero envíe de regreso a un centinela a la nave. Él se quedará aquí, de guardia, mientras nosotros exploramos la zona.

—Recibido y corto —replicó Brooks.

Desde la cabina de la nave pudo verse como Harían regresaba. Zoltan se encaró entonces con Sybil y Llacer, diciéndoles:

—Es preciso que quede alguien a bordo para mantener las comunicaciones con la nave-nodriza y con quienes vayamos en la expedición.

—Mi ayudante lo hará a la perfección —indicó Sybil.

Zoltan accedió.

—De acuerdo, pero también hace falta alguien en el laboratorio por si hay que hacer algún análisis de emergencia.

—Yo me encargaré de ese trabajo —dijo Llacer—. Prefiero que sea mi ayudante quien vaya con ustedes.

—De acuerdo —dijo Zoltan—. Entonces ya podemos irnos los demás.

Dando el ejemplo, Zoltan abrió la compuerta y salió de la nave, seguido de Sybil y del ayudante de Llacer, justo en el momento en que llegaba el centinela Harían para permanecer de guardia en la nave.

Instantes después, los tres que acababan de dejar la nave se

reunían con los dos centinelas que permanecían en las ruinas esperándoles para iniciar su exploración.

12

Las luminosidades rojizas de las Gemelas invadían la tierra dándole un color bermellón. Árboles y plantas parecían teñirse con aquel color sanguinolento. También los animales se mimetizaban y tornaban rojizos, igual que el hombre que, con paso sigiloso, avanzaba hacia las ruinas.

Kanasés miraba hacia adelante tratando de penetrar la oscuridad para localizar al aparato volador descubierto por el desdichado Galthe, temiendo, a pesar suyo, que éste le hubiese dicho la verdad y que, efectivamente, la leyenda del Líder se hiciera realidad.

—En ese caso —murmuró entre dientes—, los sacerdotes de Kolti, el Adalid y yo, podemos darnos por muertos. Estamos perdidos si caemos en las manos de ese maldito Líder y de sus Contempladores. ¡No tendrán compasión de nosotros!

Él había sido el primero en cerrar su corazón a la piedad y, por eso mismo, estaba convencido de que sólo podía esperar un trato semejante.

Por eso, mientras avanzaba hacia las ruinas del templo de los Números, Kanasés tenía el pleno convencimiento de que tendría que luchar por salvarse.

El dilema estaba claro para él: matar o morir.

Y Kanasés no quería morir.

Al divisar desde lejos las luces de la nave de exploración, el Sumo Sacerdote de Kolti sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Es cierto… Galthe no mintió…

Sobrecogido de angustia, Kanasés se agazapó para seguir acercándose a la nave terrestre.

Lo que vio le hizo detenerse, sobresaltado.

Varias figuras humanas, equipadas con unas extrañas vestimentas, estaban alrededor del aparato volador, iluminados por focos que despedían una luz blanca e intensa. Además, alrededor de

ellos, se escuchaba una música que parecía canto de ángeles.

Kanasés se mordió el labio inferior y clavó las uñas de sus dedos en la palma de la mano para no ponerse a gritar.

—El enemigo está ahí… Y no parece que teman, ningún ataque. Se les ve tranquilos y confiados… Si esto pudiese durar. Si no recelasen…

Una idea criminal se apoderó de la fértil mente de Kanasés, el cual, sin poder apartar sus ojos del grupo de terrestres, imaginaba lo que podría hacer si sabía ganarse la confianza de los viajeros del espacio, confundiéndoles hasta tenerlos a su merced.

Pensando en ello y no queriendo descubrirse, Kanasés retrocedió despacio y desanduvo lo andado, manteniéndose agazapado hasta tener la certeza de que ya los extranjeros no podían descubrirle. Sólo entonces se atrevió el Sumo Sacerdote a ponerse en pie, mirando con odio concentrado a las ruinas, junto a las cuales habían acampado aquéllos a quienes él tomaba por mensajeros o enviados del Líder, el hombre que, según las viejas leyendas, había de libertar al mundo de la opresión, la tiranía y el mal.

13

—¿Alguna noticia respecto al mensaje, Sybil?

A la pregunta formulada por el comandante, la mujer respondió negativamente, añadiendo:

—Hemos examinado casi la mitad de estas ruinas sin encontrar nada que valga la pena. Esto debió de ser un templo pero fue abandonado hace muchísimo tiempo. Diría que desde entonces habrán nacido y crecido unas diez generaciones de humanos.

—¿Estás segura de que los habitantes de ese mundo sean humanos? ¿No podían ser homínidos?

—A la vista de las ruinas, no cabe la menor duda de que se trataba de seres inteligentes. Su arquitectura es ciertamente arcaica y recuerda épocas atrasadas de la Tierra, pero eso no implica que su tecnología fuese primitiva. Y eso nos lo confirma el mensaje que dejaron en órbita. ¡Lástima que aún no hayamos encontrado el segundo!

Leander expresó entonces la que era su preocupación fundamental.

—¿Alguna manifestación de hostilidad?

Sybil sonrió.

—Si no hemos visto a nadie —indicó—, ¿de dónde quieres que provengan esas manifestaciones de hostilidad a que aludes? Tranquilo, Leander. Me siento tan segura como si estuviera en la Base. Y no temas, a la menor señal de peligro contactaremos con vosotros para que nos echéis una mano.

El comandante no dijo cómo le echaría él una mano, pero Sybil, conociéndole, lo imaginó y sonriendo más ampliamente, añadió:

—Espera a que volvamos a reunirnos. Lo pasaremos muy bien. Tranquilo, Leander.

Con aquellas palabras, cargadas de sobreentendidos, Sybil consiguió su propósito, aunque todavía tuvo que aceptar algunas

recomendaciones de Leander.

Una vez cortada la comunicación con la nave-nodriza, Sybil le habló a su ayudante.

—Vamos a continuar explorando las ruinas. Mantén abierto el canal de comunicación con nosotros y sigue a la expectativa con la nave-nodriza. No creo que haga falta pero, por si se produjese alguna situación de emergencia, no estará de más que hayamos adoptado todas las precauciones posibles.

—No te preocupes, Sybil. Estaré alerta.

La mujer le hizo un gesto amistoso y abandonó la nave para reunirse con los expedicionarios, que la aguardaban en las minas para proseguir su labor de exploración.

14

La luz de las antorchas se reflejaba en los muros pulimentados de la estancia y ponían reflejos lúgubres en las caras de los tres hombres allí reunidos.

Kanasés fijó su mirada de serpiente en el rostro del fiel Rijen, su segundo en el orden sacerdotal de Kolti. Tenía el cráneo rapado, igual que él, pero sus facciones eran afiladas y rígidas como las de un místico y no abotargadas y sensuales como las suyas. Después fijó la mirada en Zaleb, el jefe de la guardia del templo, cuyo aspecto rudo y fornido se veía complementado por un rostro bestial, parecido al de un gorila, en el que podían reflejarse todas las expresiones de crueldad y salvajismo.

—En el nombre del poderoso Kolti —empezó diciendo el Sumo Sacerdote—, os he convocado para que tratemos de un asunto de la mayor gravedad e importancia.

Recreándose en la expectación causada por sus palabras, Kanasés agregó:

—Un extraño aparato volador, procedente del cielo, se ha posado en nuestro mundo, en las proximidades del templo de los Números. Y no se trata de ninguna leyenda —se apresuró a añadir — porque he estado allí y lo he visto con mis propios ojos.

»Con ese ingenio han llegado siete hombres y una mujer —prosiguió diciendo Kanasés—. Visten de un modo extravagante con ropas que reflejan la luz. También llevan unos raros artilugios que es posible sean armas desconocidas para nosotros y de una eficacia que ignoramos.

Con el ceño fruncido, mostrando su creciente preocupación, el jefe de la guardia inquirió.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo primero y esencial —replicó el Sumo Sacerdote—, es observarles para luego, si hay ocasión, sorprenderles.

—¿Y esas armas misteriosas? —insistió Zaleb.

—Si logramos sorprenderles sus armas no les servirán de nada y, es más, incluso puede que nos sean útiles en caso de aprender su manejo.

—Bien —gruñó Zaleb—. Eso es lo primero, lo esencial, ¿y lo segundo?

—Hay que reducirlos a la impotencia para acabar sacrificándoles y asimilar así su fuerza, su poder o su talento.

El jefe de la guardia se acarició la huidiza barba y sus pobladas cejas se fruncieron ocultando casi sus ojuelos de simio. Luego, con brusquedad, le espetó a Kanasés:

—Sorprenderlos… reducirlos a la impotencia… sacrificarlos… Todo eso es fácil de decir, pero no veo cómo podemos hacerlo si son más poderosos que nosotros —rezongó Zaleb.

—Estoy de acuerdo con él —terció Rijen, apuntando al jefe de la guardia con su huesudo índice—. Decir es fácil pero hacer es difícil.

—Y yo os digo que no tenemos más solución que ésa —dictaminó el Sumo Sacerdote—. Es un riesgo que tenemos que correr si queremos continuar mandando en nuestro mundo.

Zaleb volvió a emitir un gruñido y preguntó:

—¿Cómo podremos sorprenderlos?

—Eso —contestó Kanasés—, no lo sabremos hasta que les hayamos observado y aprovechemos la primera ocasión que se nos presente.

El jefe de la guardia y Rijen cambiaron una mirada de inteligencia, pero ninguno de los dos se atrevió a formular la pregunta que quemaba sus labios. Sin embargo, el Sumo Sacerdote, que no les quitaba el ojo de encima, adivinó sus pensamientos y murmuró:

—No creo que se trate de ese Líder de que habla la leyenda, pero no descarto la posibilidad de que sean emisarios suyos. De ahí lo que os dije antes.

O actuamos rápida y eficazmente o ya podemos decir adiós al poder y resignarnos a ser los esclavos de los Contempladores… o sus víctimas.

Kanasés sabía que diciendo aquello haría reaccionar a los dos hombres. Y así sucedió, en efecto.

Zaleb irguió la cabeza y su voz se tornó rugido al preguntar al

Sumo Sacerdote:

—¿Podremos contar con el apoyo del Adalid y de los guerreros?

—¡No!

La respuesta de Kanasés había sido tajante y no dejaba lugar a dudas. Tanto Rijen como el jefe de la guardia le miraron extrañados, pidiéndole una explicación.

El Sumo Sacerdote guardó silencio unos instantes, para hablar después de una forma que trató resultase convincente.

—Dada la gravedad de este asunto y teniendo en cuenta sus posibles consecuencias, es preciso que no trascienda nada hasta que todo se haya consumado.

—¿Pretendes que lo hagamos todo nosotros tres? —Indicó Rijen —. ¡Eso es una locura!

Kanasés esbozó una sonrisa burlona.

—Eso sería lo ideal, pero tampoco podemos correr el riesgo de abocarnos a un fracaso. Al hablar de nosotros me refería a que nadie más estará al comente de lo que sucede. Guardaremos el secreto de la llegada de ese aparato volador, de sus ocupantes y de lo que hagamos.

—Yo no soy apto para el combate —indicó Rijen.

—Lo sé perfectamente.

—Entonces… si vas a atacar a esos invasores, ¿qué pretendes que haga yo?

Kanasés volvió a sonreír.

—Tú permanecerás en el templo y te dejarás ver lo suficiente para que no se note mi ausencia. Y si alguien tratase de verme me excusarías diciendo que estoy meditando.

—¿Incluso si quien quiere verte es el Adalid?

—Precisamente es él quien debe ignorar por completo que yo falto del templo y estoy dando caza a los invasores. En cuanto a ti —añadió Kanasés mirando al jefe de la guardia—, me acompañarás en esta expedición llevando contigo a veinte de tus hombres.

Éste se extrañó.

—¿Sólo veinte?

—Sí, Zaleb. No podemos llevar más para no despertar sospechas. Pero tú te encargarás de elegir a los más aguerridos y de la mayor confianza.

—¿Y nuestra misión?

—Ya te dije cuál sería: sorprender al enemigo. Hemos de capturar a esos siete hombres y a la mujer o eliminarlos del mundo de los vivos. Pero de todos modos, tanto si los traemos vivos como muertos, estarán destinados a un Gran Ceremonial en honor de Kolti, para que asimilemos su fuerza y cualidades.

Zaleb se irguió y preguntó:

—¿Cuándo saldremos?

—En cuanto hayas seleccionado a tu gente.

—Entonces… dentro de media hora podremos partir.

—No olvides que deben ir armados hasta los dientes, Zaleb. El enemigo al que nos enfrentaremos es muy peligroso.

—Irán los más aguerridos y llevarán sus mejores armas. Podéis confiar en ello.

—Perfecto, Zaleb. Ve a reunir a tus hombres y esperadme en la salida del jardín. Conviene que nuestra marcha pase completamente desapercibida y no llamemos la atención de nadie.

—Así se hará.

Zaleb saludó con una fuerte inclinación de cabeza y abandonó aquel aposento.

Al quedar solos el Sumo Sacerdote de Kolti y su fiel Rijen, aquél le explicó con todo lujo de detalles lo que podía significar para ellos la inopinada llegada de los extraños que, contra toda previsión, habían aparecido en su mundo.

Rijen no pudo evitar que la preocupación asomase a su rostro y frunció las cejas mientras hablaba Kanasés.

—Si dejamos que los encuentren los Contempladores lo más probable es que tengamos que hacer frente a otra rebelión como la que acaudilló Nehush.

—Eso nos causaría problemas…

—Desde luego, pero además los rebeldes contarían con la ayuda de esos malditos extranjeros, cuyas armas son completamente desconocidas para nosotros.

Cada vez más preocupado Rijen inquirió:

—¿Y el Adalid? ¿Qué hará cuando se entere?

—De momento le mantendremos al margen de todo esto.

—Pero… acabará por enterarse.

Kanasés esbozó una mueca irónica.

—Eso dependerá mucho de lo que yo pueda lograr con Zaleb y

sus guerreros. Si la suerte nos acompaña, el Adalid no tendrá por qué saber nada, Pero lo grave no es eso.

—¿No…?

—No, Rijen. Lo peor de todo es que no podemos olvidar al maldito Líder.

—¡Bah! Es un ente imaginario.

—Nosotros lo hemos tildado de tal —rectificó Kanasés—. De él hemos dicho que es una leyenda, pero… si apareciese… acabaría con nosotros… ¡cómo está escrito!

—¡Eso no! —Casi gritó Rijen—. ¡Sería nuestro fin!

—Desde luego y por eso mismo hemos de combatir a los extraños e impedir que se encuentren con los Contempladores.

Kanasés leyó en los ojos de su segundo que éste había quedado lo bastante impresionado como para no ser necesarias más presiones. Una sonrisa mordaz asomó a sus labios y anunció:

—Voy a reunirme con Zaleb y su gente. Tú ya sabes lo que tienes que hacer en mi ausencia.

—Sí, mi señor. Que el poderoso Kolti guíe vuestros pasos hasta la victoria.

—¡Así sea!

Sin entretenerse más, Kanasés fue al jardín, donde le esperaba Zaleb, con veinte hombres seleccionados entre los más temerarios y decididos, aptos para llevar a cabo una misión de la que era posible que no regresara nadie con vida.

—¿Todo en orden? —preguntó Kanasés.

—Sí, mi señor.

El Sumo Sacerdote echó una ojeada a los guardias del templo, formados ante él. Su aspecto le resultó satisfactorio y, girándose hacia Zaleb le habló en susurros:

—¿Les dijiste lo que se esperaba de ellos?

—No, mi señor.

Kanasés le interrogó con la mirada y Zaleb se apresuró a explicar la causa de su proceder.

—Creo que cuanto menos sepan será mejor.

—Bien pensado.

El Sumo Sacerdote dio unas palmadas en la espalda del jefe de su guardia, que se esponjó de orgullo ante aquella muestra de deferencia.

Kanasés ya no aguardó más y se encaminó a la puerta del jardín, saliendo de éste. Zaleb alzó el brazo y con voz recia ordenó:

—Guardad silencio. ¡En marcha y en doble hilera! Unos instantes después la tropa, con Kanasés y Zaleb a la cabeza, se alejaba del templo para intentar dar caza a los invasores de su mundo.

Llevando el desintegrador en la mano, el centinela Harían prosiguió su paseo en torno a la nave, que se asemejaba a un monstruo durmiendo sobre la desierta explanada en que se había posado.

Harían estaba convencido de que no había ningún ser humano hostil por aquellos andurriales.

El centinela marchaba con parsimonia, de uno a otro extremo de la nave exploradora, pero sin preocuparse por observar las más elementales reglas de prudencia, como era preciso al hallarse en un mundo desconocido.

El hombre no estaba tan alerta como debiera y, por esa razón, no alcanzó a descubrir que entre los matorrales de la explanada se producían unos movimientos furtivos.

Al llegar ante la compuerta abierta de par en par, el centinela asomó la cabeza gritando:

—¿Alguna novedad?

El ayudante de Sybil le respondió con una negativa, al tiempo que Silas Llacer salía de la nave exploradora, rezongando contra lo fatigoso que era estar encerrado en su interior.

Ambos se pusieron a charlar, sin que por su imaginación pasara ni por un momento la idea de que podían estar en peligro. Y sin embargo, los movimientos furtivos entre los matorrales eran cada vez más próximos.

Unos zumbidos procedentes del interior de la nave les indicaron que se había establecido una comunicación. Al concluir aquéllos, Silas asomó la cabeza por la compuerta y preguntó:

—¿Quién llamaba?

—El comandante —le respondió el ayudante de Sybil—. Quería saber sí todo estaba en orden. Por lo visto le preocupa mucho la suerte de mi preciosa jefe.

Los que estaban fuera de la nave prorrumpieron en carcajadas, a las que hizo eco su compañero que salió de la nave desperezándose

y bostezando ampliamente.
—¡Qué aburrimiento! —exclamó el recién llegado—. Si al menos pasase algo que acabara con esta monotonía.
Apenas había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando de entre los matorrales empezaron a brotar, como por ensalmo, las figuras de los guardias del templo.
Dos de los hombres de Zaleb se arrojaron sobre el único de los terrestres que parecía estar armado: el centinela Harlan.
—¡Nos atacan! —gritó Silas, corriendo hacia la compuerta de la nave.
—¡Malditos…! —rugió Harlan tratando de alzar su desintegrador.
Ni el uno ni el otro lograron su propósito. Las espadas de los guardias del templo los atravesaron antes de que pudieran decir nada más.
El ayudante de Sybil había quedado paralizado por el pánico y no acertó a dar un paso atrás, cuando una espada fue dirigida contra su corazón.
El hombre, atragantándose casi, balbuceó:
—Venimos en son de paz…
No acertó ni pudo decir ni una palabra más.
La espada le atravesó el pecho y el terrestre cayó hacia atrás, sintiendo que la vida se le escapaba a chorros, mientras sus ojos abiertos dejaban de ver aquel cielo enrojecido, que ahora nublaba incluso su mirada.
Zaleb examinó con cuidado los cadáveres. Luego, vuelto hacia el Sumo Sacerdote, proclamó:
—Han muerto los tres.
Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios del Sumo Sacerdote, que nuevamente palmeó la espalda de Zaleb.
—Bien. Tus hombres y tú habéis realizado un excelente trabajo. Seréis bien recompensados.
—Gracias, mi señor.
—La primera parte del ataque ha culminado con un éxito rotundo. Ahora sólo tenemos que destruir ese artefacto —y señaló la nave exploradora—, e ir a las ruinas para dar caza a los otros extranjeros.
—Así se hará, mi señor.

El jefe de la guardia del templo de Kolti designó a dos de sus hombres, encargándoles que incendiaran el aparato volador, en tanto que él y los dieciocho guerreros restantes marchaban en pos de Kanasés hacia las ruinas.

El Sumo Sacerdote se relamía como si ya estuviese devorando los corazones y cerebros de aquellos desdichados.

«Tal vez sean enviados del Líder —pensó complacido—, pero si es así son menos poderosos de lo que imaginaba. Sorprendimos a esos tres y con los cinco que restan sucederá igual».

Convencido de que sucedería así, Kanasés se adentró en las ruinas, seguido de la escolta de guardias del Templo, para quienes matar y devorar a sus víctimas, era el mayor de los placeres que cabía imaginar.

15

—Aquí está pasando algo raro…

Zoltan se volvió hacia la mujer al oír el comentario de ésta. Sybil había fruncido el ceño y manipulaba con nerviosismo el dial de su transmisor, del que salían sólo unos ruidos extraños que resultaban alarmantes.

—¿Quieres explicarte mejor? —Pidió el jefe de la expedición—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Le dije a mi ayudante que mantuviera abierto el canal de comunicación con nosotros por si necesitábamos hablar con el comandante o nos hacía falta ayuda.

—¿Y…?

—Pues bien, no sólo no consigo contactar con él sino que el transmisor emite unos ruidos muy raros. Parece como si una manada de fieras hubiera entrado en la nave exploradora y lo estuviesen destrozando todo.

—¿Has dicho fieras?

—Sí.

—¿En qué te basas para afirmarlo?

—No lo afirmo. Sólo son suposiciones mías.

—De todos modos, tus suposiciones tendrán algún fundamento… ¿O no?

—Claro que lo tienen —replicó un tanto amostazada Sybil—. Junto con esos ruidos he creído captar algo parecido a gruñidos y también una respiración agitada.

—Bien. Insiste en contactar con la nave —dijo Zoltan—, y tenme al corriente de lo que consigas o descubras. Por nuestra parte tomaremos medidas para que nadie pueda sorprendernos.

Sybil asintió:

—De acuerdo.

Y, mientras ella volvía a insistir en establecer contacto con la

nave, que en aquellos precisos instantes estaba siendo incendiada, Zoltan les hablo a los demás componentes de la expedición a su mando.

—No sabemos con exactitud qué pasa en nuestra nave, pero se ha perdido el contacto con ella. Será preciso que, en adelante, vayamos con los ojos bien abiertos. ¿Está claro?

—Bueno…, yo estoy desarmado —indicó el ayudante de Silas Llacer—, y no creo que pueda hacer gran cosa.

—Deje eso de la vigilancia a nuestro cargo, señor —dijo Brooks, señalando a su camarada Prescott—. Él puede ir cerrando la marcha mientras yo voy en vanguardia. Usted, la mujer y este hombre irán en el centro.

—De acuerdo, Brooks —convino Zoltan—. Continuaremos así. Y si aparece alguien…

—No. Eso tampoco. Pero lo que sí haremos es estar ojo avizor y, a la primera señal de peligro, actuar con rapidez y del modo más contundente.

Y ahora… ¡en marcha!

Al ponerse de nuevo en movimiento, Zoltan le preguntó a Sybil si había conseguido establecer contacto con su ayudante y con la nave de exploración.

La mujer respondió negativamente.

—Ahora sólo se oye un ruido intermitente, parecido al crepitar de las llamas…, como si la nave estuviese ardiendo.

Al pronunciar ella esas palabras, un estremecimiento de temor sacudió su cuerpo. Miró alarmada a Zoltan, en cuyo rostro se reflejaba ahora una gran preocupación.

—¿Qué posibilidades tenemos de establecer contacto con la nave-nodriza? ¿Podemos comunicar con el comandante?

Sybil volvió a hacer un gesto negativo. Y, señalando su transmisor, dijo:

—Este aparato tiene un alcance limitado. Es de todo punto imposible que envíe el menor mensaje más allá de la atmósfera. Para eso sería preciso utilizar el transmisor que dejamos en la nave de exploración.

—Entonces… tal vez sería conveniente regresar.

—¿Y abandonar la búsqueda del segundo mensaje? —Protestó

Sybil—. El comandante se pondría furioso si se tratase de una falsa alarma. Lo mejor es continuar hasta que anochezca. Entonces sí, entonces podremos volver.

—Bueno, hagámoslo así —admitió Zoltan a regañadientes—, pero no sé por qué, pero me da en la nariz que estamos cometiendo un error.

Sin embargo, atendiendo a las relaciones existentes entre su comandante y Sybil, que eran un secreto a voces para los tripulantes de la astronave, optó por no llevar la contraria a la mujer y evitarse así complicaciones.

—¡Adelante! —Ordenó Zoltan—. Seguiremos en fila de a uno hasta nuevo aviso.

Y los cinco expedicionarios se pusieron en marcha, con un centinela en cabeza y otro en la retaguardia.

De ese modo, Zoltan confiaba que no podría ser sorprendido ni por fieras… ni por seres humanos hostiles.

16

Al entrar en las ruinas del templo de los Números, Kanasés indicó a Zaleb cual podía ser la táctica a emplear con los cuatro hombres y la mujer tras los cuales marchaban.

—No interesa que sepan cuántos somos. Será mejor que se descuiden y para ello es preferible que vean pocos guardias.

—¿Y los demás? ¿Se habrán de quedar atrás?

—Han de avanzar a corta distancia, pero ocultándose para evitar ser descubiertos.

—Entonces, lo mejor será que me quede con ellos.

—No. Prefiero que vengas conmigo, en vanguardia. ¿Es que entre los que has elegido no hay nadie con capacidad de mando?

—Sí lo hay. Está Clazaar, un buen guerrero que se distinguió durante la rebelión de Nehush, y fue ascendido por méritos personales. Él solo eliminó a casi un centenar de Contempladores.

—En ese caso él es el hombre idóneo. Tiene motivos más que suficientes para desear que esa gentuza no gane. Ponle al mando de quince guardias y toma conmigo los restantes.

Zaleb obedeció al instante y, una vez se hubieron separado los dos grupos, el Sumo Sacerdote de Kolti volvió a abrir la marcha en pos de los intrusos, acerca de los cuales sólo albergaba un deseo en su mente: matarles y cuanto antes mejor.

«Pero antes —pensó para sí—, quiero saber cuál es la eficacia de sus armas y su funcionamiento».

Éste era el motivo fundamental por el que Kanasés no se decidía a atacar abiertamente a los extraños, dándoles muerte por sorpresa, a todos, igual que hiciera con los ocupantes de la nave de exploración.

El Sumo Sacerdote confiaba en que, al hacerles prisioneros, por lo menos a algunos de ellos, podría obtener una información que le sería preciosa.

«Sólo necesito tener en mi poder a un par de intrusos, la mujer sobre todo —siguió pensando— porque con tal de conservar la vida harán lo que les pida».

Una mueca feroz contrajo el semblante de Kanasés.

«Si se les interroga con dureza y se les tortura un poco es seguro que obtendré lo que quiera…, lo que quiera, sí».

Aquella mueca diabólica se hizo todavía mayor al imaginar qué torturas podría aplicar a la mujer si ésta llegaba a caer viva en sus garras. Sólo al pensarlo ya se estremeció de placer el sádico Kanasés, recreándose en imaginar unas escenas en las que Sybil participaba con un papel de lo más abyecto.

17

Brooks avanzaba con precaución entre las ruinas, vigilando donde ponía los pies. De pronto dio un respingo y alzó la diestra para llamar la atención de quienes le seguían. Sybil y Zoltan se reunieron rápidamente con él.

—¿Qué sucede? —inquirió el jefe de la expedición.

Sin decir palabra, Brooks señaló al suelo, donde se habría una profunda fosa.

—¡Una trampa! —exclamó Zoltan.

—No. Nada de eso —le rectificó Sybil, que se había arrodillado para examinar el borde de la fosa—. Es una falla abierta en el terreno, pero por causas naturales. Sin embargo… ¡Miren allá! —Y la mujer señaló al interior de la fosa—. Parece la cámara mortuoria de un templo.

—Bueno, no creo que estemos en ningún solárium —rió Zoltan, inclinándose a mirar a su vez y añadiendo—: Desde luego tiene todas las trazas de ser eso…

Los dos enderezaron sus cuerpos y, a una señal de Zoltan, el centinela inició el descenso a la cámara subterránea. Los demás le siguieron un poco inquietos, pero sus caras se animaron cuando al llegar abajo vieron que de la cámara partía un corredor en cuyo techo se veía un grupo de tubos que atrajo inmediatamente la atención de los expedicionarios.

—Son tubos de ventilación y de conducción eléctrica —indicó Zoltan—. Eso no concuerda para nada con el aspecto de estas ruinas.

—Cierto —convino Sybil—, pero sirven para dar fe de que aquí vivió una raza inteligente, bastante desarrollada tecnológicamente, y que fue capaz de situar un mensaje en la órbita de su mundo.

La mujer miró entonces hacia delante y añadió:

—Ahora creo que es muy posible encontremos el segundo

mensaje que hemos venido a buscar.

—Bien, pues para luego es tarde —concluyó Zoltan—. Prosigamos la marcha.

Obedeciendo la orden, Brooks avanzó por el corredor, seguido por los otros cuatro expedicionarios, sin darse cuenta de que, a sus espaldas, a relativa distancia, acababan de aparecer Kanasés y los más fanáticos y crueles de sus sicarios.

El Sumo Sacerdote dirigió una rápida mirada al techo del corredor, sin comprender lo que podían representar aquellos tubos metálicos que lo recorrían. Para él allí no había nada que le interesara más que capturar a los extraños, de los cuales les separaba una distancia cada vez menor.

Kanasés hizo una seña a Zaleb y cuando éste se reunió con él, señalando hacia delante, murmuró:

—Uno de los extraños se está rezagando de los demás. Advierte a tu gente. Que estén preparados para caer sobre él en cuanto se descuide. Será nuestro primer prisionero… o la cuarta víctima. Todo dependerá de cómo responda él.

El jefe de la guardia hizo un gesto de asentimiento y se apresuró a transmitir la orden de Kanasés. Luego, el grupo prosiguió la marcha extremando las precauciones para caer por sorpresa sobre el centinela Prescott apenas se descuidara.

18

—No es posible que hayamos perdido el contacto con Zoltan y los demás. ¡Es inconcebible!

El comandante, exasperado, se volvió hacia el doctor Keldetter, como si recabara de éste una confirmación. Sin embargo, el científico no se mostró tan seguro como aquél esperaba.

—Cierto que no se ha registrado ninguna tormenta en la superficie de Kazan-X-07 durante las últimas horas —dijo el profesor—, pero eso no nos aclara nada respecto a los habitantes del planeta, fieras u hombres, y mucho menos sobre las intenciones de éstos.

—¿Pretende insinuar que los expedicionarios pueden haber sido atacados y estar presos… o muertos?

La voz de Height tembló ligeramente al pronunciar la última palabra. Keldetter le miró de hito en hito, comprendiendo lo que aquél sentía, pero no se avino a contemporizar.

—Lo lamento, comandante, pero sólo afirmo aquello de lo que tengo plena certeza. Lo demás, como son meras especulaciones, puedo tenerlo en cuenta a la hora de valorar unas posibilidades, pero nada más.

Leander Height se mordió el labio inferior y, tascando el freno de su rabia e impotencia, miró otra vez el cuadrante de Kazan-X-07 en donde se apreciaba la silueta confusa de la nave exploradora, con la que no había forma humana de comunicar.

—Es preciso salir de dudas —murmuró.

El jefe de Control, que hasta entonces había permanecido silencioso, consideró necesario intervenir.

—Me permito significarle, comandante, que no podemos correr riesgos innecesarios. Además —añadió tras una breve pausa—. ¿Quién o qué nos garantiza que los expedicionarios no han encontrado algo en las ruinas y están todos allí?

—¡Nos lo habrían advertido!

—Quizá sí, pero quizá no —insistió Noah—. Pudo producirse un hallazgo y querer participar todos en él.

El comandante rezongó algo ininteligible pero, atendiendo a su responsabilidad como jefe supremo de la astronave, contuvo su natural impaciencia y preguntó:

—¿Qué sugieren ustedes?

El profesor Keldetter fue muy escueto.

—Esperar.

Noah se mostró un poco más explícito.

—Yo trataría de restablecer el contacto, permaneciendo continuamente a la escucha.

—¡Ya lo estamos haciendo! ¿Y hasta cuándo tendríamos que seguir así?

El jefe de Control dirigió una rápida ojeada a los cuadrantes de su tablero de mandos, diciendo a continuación:

—Creo que veinticuatro horas más sería el plazo prudencial aconsejable. Si para entonces no hubiésemos tenido noticias de la expedición…

El comandante le interrumpió tajante y casi agresivo.

—Si entonces no se sabe nada yo mismo bajaré a ese cochino mundo en misión de rescate.

El profesor y Noah intercambiaron una mirada, pero ninguno de los dos se atrevió a oponerse abiertamente a una decisión tan radical como aquélla. Comprendían que el comandante se dejara arrastrar por sus sentimientos hacia Sybil. A fin de cuentas, además de ser un jefe astronauta era también un ser humano. Por eso callaron ambos, deseando en su fuero interno que el asunto se resolviera antes de que concluyese el plazo de las veinticuatro horas que su jefe acababa de fijar.

19

Los cinco terrestres continuaban avanzando en hilera por el largo túnel. A través de algunas aberturas del techo les llegaba una claridad que hacía pudieran verse sin excesiva dificultad, aunque a ellos les pareciese que caminaban en penumbras.

De pronto, el túnel se bifurcó en dos ramas paralelas y Brooks se detuvo para preguntar a Zoltan qué camino había que seguir. Éste consultó a su vez a Sybil, la cual quedó perpleja sólo unos instantes.

—Probemos por la derecha. De ser más diría que nos dividiésemos, pero siendo sólo cinco…

Brooks intervino a su vez.

—Estoy de acuerdo en seguir ese camino. En realidad, lo mismo da uno que otro, pero convendría dejar aquí a Prescott para tener las espaldas cubiertas.

—¿Y si encontramos algo? —preguntó Zoltan.

—Podemos llamarle o enviar a alguien por él.

Zoltan consultó con la mirada a Sybil, la cual asintió con un gesto de cabeza, en vista de lo cual el jefe de la expedición informó al centinela de cuál sería su misión mientras ellos continuaban explorando aquel sector.

Instantes después los tres hombres y la mujer ya no estaban a la vista de Prescott, que, un tanto nervioso, se quedó en aquel cruce vigilando atentamente los caminos que conducían hacia él, ignorante de que no muy lejos de allí Kanasés y los suyos proseguían su avance con intenciones homicidas.

La tensión aumentaba a medida que Zaleb y sus hombres se acercaban al terrestre, que se les ofrecía como una víctima propiciatoria. El jefe de la guardia se había fijado en que el enemigo sostenía en sus manos un extraño aparato del que sobresalía un tubo que acababa en forma de pequeño embudo.

«Debe ser un arma —pensó inquieto—. ¿Cómo funcionará?… Lo

lógico es que con ese tubo apunte a su adversario. Por lo tanto… si impedimos que lo haga… ¡Sí! ¡Eso es lo que hay que hacer para inutilizarlo!».

En cuanto hubo llegado a aquella conclusión, Zaleb reunió en tomo suyo a los guardias que le acompañaban en vanguardia y preparó con ellos su plan de ataque. Luego, una vez ultimado éste, Zaleb y los otros se desplazaron por el corredor, pegándose a sus muros los guardias, con las armas en la mano, y dejándolo a él completamente solo, para que avanzase por el centro con la diestra levantada en señal de paz.

Al oír un rumor de pasos que se acercaban, Prescott se giró con rapidez, encañonando con su desintegrador a Zaleb.

—¿Quién eres?… ¿Qué quieres? —preguntó el jefe de la guardia mirando fijamente al centinela.

—Somos terrestres y venimos en son de paz…

Prescott no pudo decir más.

Igual que rayos surcando el cielo, las armas que empuñaban los hombres de Zaleb fueron arrojadas contra el centinela, haciendo blanco todas ellas en su cuerpo.

Una espada cercenó la mano derecha de Prescott que dejó caer al suelo el desintegrador. Otra se le clavó en el corazón acallando el gemido que subía a su garganta. Una tercera le segó el brazo izquierdo, imposibilitándole de alcanzar el arma que estaba en el suelo. Y la última se clavó en su vientre acabando definitivamente con él.

Los cuatro guardias abandonaron la protección de los muros del corredor y se acercaron al cadáver.

Zaleb se aproximó a su vez y se agachó para recoger el desintegrador, pero, al levantarlo, accionó inadvertidamente el disparador, y un rayo luminoso brotó del arma, incidiendo en el techo y abriendo en éste un enorme boquete que aterró a los testigos de su destructiva eficacia.

Kanasés tardó unos instantes en salir de su asombro, pero cuando lo hizo fue para reclamar de Zaleb la entrega de aquella poderosa y extraña arma.

En silencio, el Sumo Sacerdote examinó el desintegrador fijándose en todas sus partes y observando el pulsador del disparador. Entonces, mostrándoselo a Zaleb, preguntó:

—¿Tocaste esto al recoger el arma del suelo?

El jefe de la guardia hizo un gesto de asentimiento.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios del Sumo Sacerdote, el cual, con toda parsimonia, apuntó con el arma a uno de los guardias y apretó el disparador.

Un rayo de luz, de fuerte intensidad, brotó del desintegrador, alcanzando de lleno a aquel desdichado que, en escasos segundos, quedó reducido a un simple montón de cenizas.

Ante la mirada horrorizada de Zaleb, el Sumo Sacerdote se encaró con él.

—Ya sabemos cómo funcionan sus armas y lo que éstas pueden hacer.

—Entonces ahora podremos vencerles —exclamó entusiasmado el jefe de la guardia.

—¿Vencerles? —Repitió Kanasés—. Sí, claro que les venceremos, pero no hemos de olvidar que ellos son cuatro y que nosotros sólo disponemos de una de estas armas.

—¿Entonces…?

—La astucia nos dará mejor resultado que la violencia.

Zaleb miró con asombro al Sumo Sacerdote, cuyos ojos brillaban como carbunclos, excitados por la certeza de estar a punto de vencer a sus enemigos tan fuertes y peligrosos.

—Empezaremos por preparar una digna recepción a quienes daremos el título de huéspedes de honor. Les invitaré a que se alojen en el templo de Kolti, donde serán agasajados… y sometidos a estrecha vigilancia.

—Sí, pero…, ¿aceptarán?

—Lo harán. Descuida, Zaleb. Eso corre de mi cuenta. Por tu parte, retirarás a tu gente, dejando conmigo sólo a dos guardias para que me den escolta.

—¿Y los demás?

—Establecerás un servicio de vigilancia a cargo de Clazaar para que los extraños no puedan acercarse a su aparato volador y advertirás a tu subordinado que quien lo intente tiene pena de la vida.

—¿Qué haremos con los cuatro cadáveres?

—Los llevarás contigo al templo y se los confiarás a Rijen para ser sacrificados más adelante en el Gran Ceremonial en honor de

Kolti. Pero adviértele que la fiesta se aplazará hasta que los otros cuatro extranjeros se reúnan con ellos. ¿Algo más? —preguntó Kanasés, viendo que el jefe de la guardia no parecía decidido a irse aún:

—Sí… el arma… ¿Qué haremos con ella?

—Te la confío a ti. La llevarás a mi aposento, en donde permanecerás hasta mi regreso, sin permitir que nadie se acerque a ella. ¿Está claro ahora?

—Sí. Oigo y obedezco.

Zaleb impartió las órdenes a sus hombres y, con éstos, abandonó el corredor, dejando que Kanasés, completamente desarmado, y los dos guardias de escolta, fuesen al encuentro de los cuatro terrestres que aún permanecían en las ruinas.

20

El grupo se inmovilizó al salir del corredor que abocaba a una amplia estancia, iluminada por los reflejos que proyectaban unos espejos, hábilmente dispuestos en ángulos agudos respecto a los tragaluces, que debían de estar abiertos al exterior.

Aquella estancia resultaba un auténtico anacronismo si se la comparaba con las ruinas que la rodeaban. De ello tuvieron conciencia Sybil y los demás, que estaban asombrados ante lo que, sin lugar a dudas, era un ejemplo de una tecnología perfecta.

Sybil rompió el silencio al tiempo que, con un gesto amplio, abarcaba el conjunto de aquella construcción.

—Aquí es donde puede estar el mensaje que estamos buscando. Es el lugar idóneo.

El segundo ayudante del profesor Keldetter examinó uno de los paneles incrustados en el muro frontal y murmuró:

—Yo diría que esto viene a ser algo así como un monumento a la Ciencia. Creo como usted —dijo volviéndose hacia Sybil— que aquí encontraremos ese mensaje.

Mientras la mujer y los otros dos hombres intercambiaban opiniones respecto al hallazgo, Brooks apoyó su mano derecha en lo que parecía una mesa de metal. Casi al instante se produjo un chirrido y la superficie de la presunta mesa basculó para dejar paso a lo que, sin duda alguna, era una pantalla a la que estaba adosado un transmisor.

—¡Miren esto! —exclamó Brooks, llamando la atención de los demás.

Sybil lanzó una exclamación de triunfo.

—¡Ya hemos encontrado dónde está el mensaje!

Y, sin pérdida de tiempo, accionó un interruptor que puso en marcha el mecanismo dando comienzo a la transcripción.

Viajeros del espacio. Si encontrasteis nuestro primer mensaje en la

órbita de nuestro mundo y habéis llegado hasta aquí, es de suponer que os animan propósitos de solidaridad propios de la raza humana.

Nosotros hemos descubierto ese sentimiento demasiado tarde, pues hemos vivido enfrentándonos en luchas a muerte, que con los sucesivos avances de la tecnología, han conducido nuestro mundo al desastre final.

Ignoramos si cuando lleguéis a este desdichado mundo habrá todavía algún sobreviviente de la que, sin duda, será la mayor catástrofe de todos los tiempos, pero si fuese así, os suplicamos que les ayudéis y no tengáis demasiado en cuenta la herencia de maldad que han podido recibir de sus antepasados, de nosotros, los responsables de la Gran Catástrofe.

Todo comenzó cuando la ambición de dos grandes Adalides les llevó a desencadenar una guerra de exterminio. Las advertencias de los más prudentes y de los científicos más sabios no sirvieron para que ellos desistieran de sus propósitos. Y tanto el uno como el otro pusieron en juego unas armas que sabían tan peligrosamente destructivas, que, por sí solas, al ser utilizadas de modo inconsciente y criminal, representarían el inexorable aniquilamiento de la Humanidad.

Esto es lo que ha sucedido en nuestro mundo.

A pesar de nuestros buenos deseos y mejores intenciones no hemos podido evitarlo. Por eso hemos querido dejar constancia de lo que nos acaeció.

El propósito que nos guía es el de advertir a todos los mundos habitados, darles a conocer cuál fue nuestra tragedia, para que sepan cómo se desarrollaron los acontecimientos hasta llegar a esa carrera de enfrentamientos que ha provocado la destrucción de nuestra civilización.

Ninguno de nosotros ignora que las civilizaciones nacen, crecen y se extinguen, igual que las vidas de todos los seres vivos. Pero en este caso todo ha sido distinto.

El desarrollo normal se ha truncado. Ha sobrevenido la destrucción y el aniquilamiento de la raza humana, que, por desgracia, puede ser definitivo.

Ha sobrevenido el desastre total.

Se ha producido la Gran Catástrofe.

Sin embargo, como tampoco desconocemos las grandes posibilidades que tiene el ser humano, hemos pensado que, si bien su destrucción ha pasado a ser un hecho incontrovertible, cabe esperar que queden

sobrevivientes capaces de dar origen a una nueva civilización, aunque es de temer que ésta resulte primitivista en exceso e influenciada por un lastre de superstición, propiciado por el recuerdo de la Gran Catástrofe.

Si esto es así, volvemos a pedir compasión, piedad, o solidaridad para nuestros desdichados descendientes, los cuales no son responsables de cuanto se ha podido hacer en las generaciones precedentes.

Ahora sólo nos resta…

Unos ruidos, como interferencias, siguieron a las últimas palabras de la transcripción.

Sybil trató por todos los medios de poner nuevamente en marcha los mecanismos del aparato transmisor.

Todos sus esfuerzos fueron vanos.

Al fin, dándose por vencida, desconectó el aparato y cerró el transmisor incorporado, volviéndose luego a los demás expedicionarios para decirles:

—Aquí termina el mensaje.

—¿No hay nada más? —preguntó Zoltan.

—No… O si lo hay ha quedado borrado.

Zoltan pareció un tanto decepcionado y, resumiendo los pensamientos de los demás, que no se mostraban más satisfechos que él, indicó:

—En ese caso, atendiendo a lo que acabamos de oír, sólo nos falta saber si hubieron o no sobrevivientes a esa Gran Catástrofe a que hace alusión el mensaje.

—Sí —convino Sybil—, pero también nos interesa averiguar en dicho caso cuál es su actual grado de civilización.

—Y sus intenciones respecto a nosotros —concluyó Brooks.

—Sí, eso sobre todo —dijo Zoltan— porque de ellas depende cuál haya de ser nuestro comportamiento respecto a ellos.

Zoltan Sellers iba a añadir algo más cuando vio que el centinela miraba a la entrada de aquella sala y apuntaba hacia allí con el desintegrador. El jefe de la expedición se volvió con rapidez y vio a Kanasés y los dos guardias.

El Sumo Sacerdote llevaba alzados ambos brazos, gesto éste que podía considerarse como de paz… o de rendición.

—¡Sed bienvenidos a nuestro mundo! —exclamó Kanasés en tono solemne.

Acto seguido, para mostrar que les consideraba seres superiores,

Kanasés se arrojó de bruces al suelo, extendiendo ante él los brazos, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, de un modo que parecía implorar benevolencia.

—Nuestras leyendas anunciaron vuestra llegada desde los cielos y al fin se han cumplido las profecías. Somos vuestros siervos y os reconocemos como a enviados de nuestros dioses. ¡Mandad y seréis obedecidos!

Zoltan se esforzó por no soltar una carcajada, pero adoptando un continente serio, se inclinó para tender su diestra al astuto Kanasés, que se apresuró a ponerse en pie.

—¿Es ésta vuestra ciudad? —preguntó Zoltan.

—Oh, no, mi señor —dijo el Sumo Sacerdote—. Nuestro pueblo vive a cierta distancia de estas ruinas. Pero desde mi observatorio vi el aparato volador en que llegasteis y acudimos con presteza para daros la bienvenida.

—Con nosotros llegaron otros hombres…

—A ellos les encontramos los primeros y ya deben de estar en palacio disfrutando de nuestra hospitalidad. Pero cuando nos dijeron que estabais en las ruinas vinimos para buscaros y hacer extensiva a vosotros nuestra invitación.

Kanasés se hizo entonces a un lado, mostrando el camino a seguir para salir de las ruinas, al tiempo que añadía:

—Concedednos el honor y el privilegio de ser nuestros huéspedes. Cualquier deseo que formuléis será satisfecho. Nada nos parecerá suficiente para agasajaros como merecéis, oh, hijos predilectos de los dioses.

Zoltan se volvió para hablar en voz baja con sus compañeros.

—¿Qué os parece todo esto?

—Parece buena gente —indicó el ayudante de Silas Llacer—; debemos aceptar para no ofenderles.

—Por mi parte, yo tengo ganas de darme un buen banquete y de beneficiarme de alguna de las mujeres de este mundo… ¡Oh, perdón, Sybil! No recordaba que…

—No tiene importancia —dijo ella sonriente—. Comprendo ciertas necesidades y no seré yo quien me oponga.

En vista de ello, Zoltan se encaró con el Sumo Sacerdote y con parecida solemnidad a la empleada por él, contestó:

—Aceptamos tu invitación… ¿Cuál es tu nombre?

—Soy Kanasés, el Sumo Sacerdote de Kolti y hombre de confianza del Adalid. Pero… dejemos eso para más tarde. Luego que hayáis descansado volveremos a reunirnos y podremos hablar. Ahora os suplico que me sigáis.

Con aire majestuoso, el Sumo Sacerdote se puso en marcha seguido por los cuatro terrestres, quienes no concedieron la menor importancia al hecho de que los escoltas de Kanasés se colocaran al final de la comitiva.

Lo grave del caso fue que cuando llegaron a la bifurcación de los túneles, donde habían dejado al centinela Prescott, ni a Zoltan ni a nadie se le ocurriese preguntar por él, confiando en que, tal y como les había dicho el Sumo Sacerdote, él y los otros tres terrestres que se quedaron en la nave, se hallasen ya en el templo de Kolti descansando.

En realidad esto último era cierto. Los cuatro descansaban… pero para siempre.

El suyo era el descanso de la muerte.

21

—Ésos son vuestros aposentos —anunció Kanasés señalando a unas puertas abiertas a un corredor situado en la parte alta del templo—. Ahora sólo tenéis que decir qué deseáis para que podamos satisfaceros.

Brooks miró de reojo a Sybil y tragó saliva. La mujer sonrió al darse cuenta de la situación violenta que les creaba a los hombres y se apresuró a hablar la primera.

—Mi único deseo es tomar un baño y dormir en una cama, lo más amplia posible.

El Sumo Sacerdote sonrió irónico. Señaló a una de las puertas y replicó:

—Entra y tomarás ese baño. Una esclava te traerá las esencias más fragantes para que tu piel se suavice y descanses tranquila sin que ni un mal sueño turbe tu mente.

Sybil aceptó con una inclinación de cabeza y entró en el aposento que le había sido destinado.

Kanasés se volvió entonces hacia los tres hombres.

—¿Y vosotros? ¿También deseáis un baño como ella?

El jefe de la expedición respondió por los demás.

—Nosotros queremos mujeres, con baño o sin él.

Una sonrisa más burlona que la anterior afloró a los labios de Kanasés mientras decía:

—En ese caso entrad en vuestros aposentos. Las mujeres se reunirán después con vosotros.

—¿Y podremos…? —empezó a decir Brooks.

—Serán vuestras esclavas —anunció Kanasés—. Os pertenecerán por completo. Obedecerán hasta el menor de vuestros deseos… por extraños o extravagantes que éstos sean. Entrad y esperad. Os aseguro que vuestros anhelos serán satisfechos.

Zoltan y los otros dos intercambiaron una mirada de

inteligencia, y se apresuraron a entrar en sus respectivas habitaciones, para esperar que Kanasés cumpliese lo ofrecido.

—Todo sale a medida de mis deseos —murmuró.

Y sin embargo, ni por un momento pudo sospechar que algo le saliese mal.

Al quedar sola en su aposento, Sybil se acercó al amplio ventanal que daba al exterior. Miró hacia el cielo, imaginando que estaba cerca de su enamorado comandante. Y entonces, al pensar en él, cayó en la cuenta de que no habían establecido contacto con la astronave.

—Deberíamos haberle comunicado nuestro encuentro con las gentes de este mundo y el hallazgo del segundo mensaje. Aunque, pensándolo bien, lo más fácil es que de ello se ocupara ya mi ayudante antes de venir aquí.

Sin embargo, a pesar de que se decía que debía estar tranquila a ese respecto, algo así como un sexto sentido empezaba a advertirle de que en todo aquello había algo anormal.

En ese instante se abrió la puerta de su aposento para dar paso a dos mujeres, vestidas con túnicas semitransparentes, una de las cuales llevaba en sus brazos un ropón de un tejido parecido al terciopelo, de color granate, con bordados repujados en oro. La otra era portadora de unos frascos diminutos que fue a vaciar en la redonda bañera, llena ya de agua tibia.

—Tu baño está dispuesto —anunció la mujer.

Sybil vio entonces que la otra dejaba el ropón sobre el lecho y la invitaba a entregarle su ropa. Se la entregó sin recelar nada, pero al ver que iba a marcharse llevándosela, preguntó:

—¿A dónde llevas mis cosas?

—El Sumo Sacerdote ha dicho que debes vestir el ropaje de los dioses. Quiere que le lleve esto que ya no te servirá.

—¡Un momento! —Exclamó Sybil, al ver que la mujer cogía también su transmisor—. Eso no es ropa y puedo necesitarlo.

Las dos mujeres le hicieron frente y mientras una la empujaba haciéndola caer, la otra se apresuró a salir de la estancia, llamando a la guardia.

Dos hombres armados entraron en el aposento y, a punta de espada, obligaron a Sybil a retroceder, mientras la segunda mujer escapaba de allí como una exhalación.

Desde el suelo, Sybil vio como los guardias se retiraban y cruzaban el umbral de la estancia, cuya puerta cerraron con violencia. El ruido de los cerrojos al correrse por la parte exterior indicó a la mujer que estaba encerrada. Se incorporó con rapidez y corrió de nuevo a la ventana, llegando en el preciso instante en que una verja metálica subía desde el antepecho, para aislarla por completo del exterior.

—¡Estoy prisionera!… ¡Prisionera!

Un sollozo de angustia conmovió su pecho comprendiendo que lo mismo que a ella les sucedía a los demás.

Todos eran cautivos del siniestro Kanasés.

22

Leander Height despertó sobresaltado. Todo él estaba bañado en sudor y jadeaba como si acabase de recorrer una gran distancia a paso de marcha. Incorporándose en la litera, se pasó la mano por la frente y murmuró:

—Ha sido una pesadilla… Y sin embargo…

Había soñado que Sybil estaba prisionera y en peligro mortal, igual que sus camaradas de expedición, y que ella le llamaba angustiosamente.

El comandante de la astronave dirigió una mirada al reloj y rezongó descontento:

—Todavía faltan seis horas para el tiempo que fijé como plazo, pero… ¡no aguanto más!

Decidido ya a intervenir, Height saltó fuera de su litera y, tras vestirse en un santiamén, pasó a la cabina de mandos para ocupar el puesto del jefe de Control.

—Atención a todos los tripulantes… Atención todos. Os habla vuestro comandante.

La voz enérgica de Height se dejó oír hasta en el más pequeño o alejado rincón de la astronave. Los tripulantes de ésta fueron informados así que iba a partir inmediatamente una expedición a Kazan-X-07 en misión de socorro o de rescate.

Apenas había terminado de transmitir su mensaje y las órdenes subsiguientes, Height cortó la comunicación, encarándose con Noah Herzog y con el profesor Keldetter, que habían corrido hasta allí apenas él comenzó la transmisión.

—El comandante de la astronave no puede arriesgarse yendo él en persona a una misión de esa clase —reconvino Keldetter—, en especial cuando ignoramos qué puede haber ocurrido.

—Estoy de acuerdo con el profesor —indicó Herzog—. Yo mismo puedo hacerme cargo del mando y…

—¡Ni hablar! —Cortó Leander Height tajante—. El silencio de Zoltan y los demás es ya demasiado prolongado y tengo casi la certeza de que se hallan en peligro. Descenderé yo a ese maldito planeta y resolveré la situación… o pereceré en el empeño.

—Eso es, precisamente, lo que temo, comandante —indicó el jefe de Control—, que usted pueda perecer en el intento, cuando su experiencia tiene que resultarnos imprescindible si más adelante hemos de intentar escapar de esta órbita y…

—¡Basta, Herzog! —Exclamo Height—. He tomado una decisión y nada me hará cambiar.

Comprendiendo que sería así y resignándose a lo que ya era inevitable, el doctor Keldetter preguntó:

—¿Qué personal compondrá esta expedición?

—Todos aquellos que componen nuestro equipo de combate: centinelas y batidores. En cuanto al armamento, además de los desintegradores llevarán látigos neurónicos y pistolas microtérmicas. Si los de ahí abajo se mostraron hostiles a nuestra primera expedición y apresaron a Zoltan y a los demás, a nosotros no nos pillarán desprevenidos.

Leander Height dio por finalizadas sus explicaciones y procedió a la reunión de su gente en las tres naves auxiliares que tenía a bordo. Luego, mientras la tropa comenzaba a ocupar sus respectivos puestos en aquéllas, se encaró con Herzog y Keldetter.

—Ustedes permanecerán a bordo atentos a cualquier comunicación nuestra. El mando de la astronave le corresponde a usted, Herzog. Obre como lo considere más conveniente. Y ahora, adiós.

—¡Buena suerte! —le desearon ambos a una.

Height hizo un gesto con la cabeza, aceptando aquel deseo y pasó a una de las naves para ponerse al mando de la segunda expedición a Kazan-X-07.

23

Debra besó con respeto y sumisión los pies del enviado de los dioses y le miró apenada. Zoltan se fijó en que los ojos de ella expresaban un temor reverencial y, acariciando su cabellera, en un gesto lleno de ternura, le preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Por qué me miras así?

Ella no pudo contener una mirada de reojo hacia la puerta, como si temiera ser espiada. Luego, con sus ojos clavados en los de aquel hombre procedente del cielo, musitó:

—Me duele que tengas que ser sacrificado a Kolti.

—¿Sacrificado? —Repitió extrañado Zoltan—. ¿Qué quieres decir con eso?

—La verdad. Kanasés os destina al Gran Ceremonial y moriréis para ser ofrendados a Kolti al mismo tiempo que aquéllos de vuestros compañeros que ya están aquí.

Zoltan se acordó entonces de los dos centinelas, del ayudante de Sybil y de Silas Llacer.

Comentó:

—Aún no les hemos visto. ¿Dónde están sus habitaciones?

Debra se sorprendió al oír la pregunta.

—Los cuatro están en el recinto del templo destinado a los cuerpos que van a ofrendarse a Kolti, pero no tienen habitaciones como vosotros. Ellos están muertos…

El jefe de la expedición palideció al oírla.

—¿Muertos?… ¡Pero si Kanasés nos aseguró que nos reuniríamos con ellos aquí!

—Y es verdad. Lo haréis… cuando también vosotros paséis de la vida a la muerte.

Zoltan se puso en pie de un salto y fue a recoger su pistola microtérmica. Entonces descubrió que ninguna de sus prendas personales estaba allí y tampoco su arma.

—¿Dónde están mis cosas? —inquirió volviéndose hacia la mujer, que continuaba arrodillada a los pies del lecho.

—Dos guardias se las llevaron por orden de Kanasés.

—Pero… ¿cuándo lo hicieron?

Ella bajó la cabeza al responder.

—Te despojaron de todo mientras hacías el amor conmigo. Yo tenía que complacerte para que no te dieses cuenta de que los guardias te estaban robando.

Zoltan frunció el entrecejo y miró en tomo suyo.

—¿Debo pensar que con los demás ha sucedido tres cuartos de lo mismo?

—En efecto, mi señor. Ésas fueron también las órdenes que se les dio a las mujeres que fueron a servirles.

—¡Maldita sea la casta de ese Kanasés! —Rugió furioso Zoltan—. El muy hipócrita ha conseguido que nos metiésemos nosotros mismos en la boca del lobo… ¡Así reviente!

Debra era testigo del furor del extranjero, sorprendiéndose de su conducta, que le parecía impropia de un enviado de los dioses celestes.

—Lo que más me duele —musitó la mujer con ojos brillantes por las lágrimas contenidas—, es que ya no venga el Líder y devuelva la justicia y la paz a nuestro mundo. Muertos vosotros todo seguirá igual. Los Contempladores habrán luchado y muerto en vano.

Zoltan miró con recelo a la mujer.

—¿Qué es eso del Líder y de los Contempladores?

Por un instante, Debra le miró extrañada de que él no supiese a qué se refería, más, al ver que lo ignoraba todo respecto a su mundo, se creyó en el deber de ponerle al corriente sobre las viejas leyendas y la vuelta triunfal del Líder.

Zoltan escuchó atentamente, reuniendo en su mente cuanto le decía la mujer que se compaginaba con lo escuchado en las ruinas cuando oyeron el segundo mensaje.

Entonces, al finalizar Debra su relato, él murmuró:

—No hay razón para que nos demos por vencidos antes de haber muerto. Tal vez podamos vencer a esa serpiente de Kanasés. Sólo necesitamos un poco de suerte…

El jefe de la expedición se encaró con Debra y pidió:

—¿Nos ayudarás a escapar de aquí a mí y a mis compañeros?…

Si lo haces, la leyenda del Líder podrá ser realidad.

—Pero… eso es imposible…

—¿Por qué?

—Estáis desarmados y los guardias no.

—Deja que de ellos nos ocupemos nosotros. Sólo me interesa saber si podrás guiarnos fuera del templo y conducimos a dónde están esos Contempladores de que hablabas antes. El resto es cosa nuestra. ¿Lo harás?

Debra abrió unos ojos como platos, aterrada, pero, recordando las humillaciones de que fuera objeto por parte de Kanasés, tomó su partido y afirmó:

—Os ayudaré… aunque me vaya en ello la vida.

—Buena chica —aprobó Zoltan—. Ahora sólo necesito eliminar a los guardias y apoderarme de sus armas. Luego liberaré a mis camaradas. ¿Cuántos son los que vigilan el corredor?

—Hay uno delante de cada aposento y a su mando está Clazaar, el más cruel y sanguinario de los oficiales de Zaleb.

Zoltan se encaminó hacia el lecho y, mientras se tumbaba en él, dijo a la mujer:

—Ve a la puerta y llama al guardia encargado de vigilarme. Procura que entre solo y se acerque a mí. El resto será cosa mía. ¡Anda, no pierdas tiempo!

Debra obedeció puntualmente y se asomó al corredor. El guardia que estaba ante la puerta le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—No sé. Estaba haciendo el amor con ese extranjero y de pronto se quejó. Puso una mano sobre el corazón y cayó de espaldas sobre la cama como si estuviese muerto.

Sin recelar nada, el guardia penetró en la estancia y avanzó hacia el lecho, en que yacía tendido Zoltan. Éste le dejó aproximarse, pero cuando el guardia se inclinaba sobre él, saltó como impulsado por un resorte. Proyectó el canto de la mano derecha contra la yugular de su enemigo y, al mismo tiempo, le arrancó la espada que llevaba envainada.

Un sordo mugido se escapó de la garganta del guardia al recibir aquel golpe, mortal de necesidad, y antes de que pudiera gritar pidiendo socorro, ya su propia espada se hundía en el pecho, clavándole en el lecho, que empezó a teñirse con su sangre.

Empuñando en su diestra la ensangrentada espada, Zoltan corrió hacia la puerta. Tras él fue Debra a la que señaló a Clazaar.

—Procura que entre ese ahora.

—Es el jefe de los demás. El más peligroso.

—Mejor. Así terminaremos antes.

Debra hizo lo que le pedía el terrestre y, aunque extrañado, Clazaar entró en la estancia, donde ya le estaba aguardando Zoltan para caer sobre él y desarmarlo en un santiamén.

Con la punta de la espada apoyada en su cuello, Zoltan obligó a su enemigo a salir al corredor.

—Di a tu gente que arroje las armas al suelo —ordenó el terrestre—, o te atravieso aquí mismo.

Pálido como un muerto, Clazaar obedeció a la intimación y sus hombres quedaron inermes ante Zoltan. Éste ordenó a continuación:

—Abrid las habitaciones donde están encerrados mis camaradas —y mientras era obedecido, añadió—: ¿Dónde están nuestras ropas y las armas?

Clazaar tragó saliva al responder.

—Todo ha sido llevado al aposento del Sumo Sacerdote.

—Bien. En ese caso, tú nos conducirás hasta él.

Sybil y los dos hombres habían salido ya de su encierro y Zoltan les ordenó:

—Recoged las armas de esa gentuza. Vamos a hacer una visita a nuestro «amable» anfitrión.

—¿Y ellos? —preguntó Brooks, señalando a los guardias.

Zoltan rió mientras empujaba a Clazaar.

—Vendrán con nosotros… a modo de salvoconducto.

El centinela no necesitó más explicaciones y, reuniendo a los desarmados guardias, les intimó a seguir a su jefe, marchando todos hacia los aposentos privados del siniestro Kanasés.

24

Las tres naves terrestres descendieron hacia la llanura en que se hallaba el enclave de las ruinas. Leander Height utilizaba las coordenadas suministradas por la propia Sybil cuando se posaron en aquel lugar. De pronto, uno de los pilotos exclamó:

—¡Ahí está la nave de Zoltan!

Tanto el comandante como los demás miraron en aquella dirección y, a pesar de la distancia, pudieron observar que el vehículo de exploración espacial había sido incendiado.

—¡Maldición! —Rugió Height—. ¡Ahora comprendo por qué no podíamos comunicar con ellos!

Obedeciendo a una orden de su comandante, el piloto de la primera nave descendió para posarse junto a la de Zoltan, en tanto que las otras dos permanecían en el aire, sobrevolando el terreno y manteniéndose alerta sus ocupantes.

Leander Height saltó fuera de su nave, en cuanto ésta se hubo posado en el terreno, y corrió hacia la otra, seguido de dos batidores.

Al comandante le bastó con echar una ojeada para dar con las huellas de sangre dejadas por los terrestres que allí habían resultado muertos.

Maldiciendo entre dientes y temiendo ya lo peor respecto a Sybil y a los demás componentes de la primera expedición, el comandante regresó a su nave y ordenó elevarse de inmediato.

Las tres naves terrestres volvieron a desplegarse en el cielo para intentar localizar a los sobrevivientes —si los había— de la expedición de Zoltan Sellers.

Los pilotos hicieron describir a sus naves círculos cada vez más amplios, sobrevolando la superficie del planeta, teniendo como punto de referencia la nave explorada de Zoltan.

Cuando llevaban casi cuarenta minutos de reconocimiento, el

ergómetro señaló la existencia de vida.

—Nos estamos acercando al objetivo, comandante —indicó el copiloto, señalando el aparato.

Height hizo un gesto de asentimiento y ordenó:

—Establece las coordenadas de esa posición y transmítelas a las otras naves.

—A la orden, comandante.

El copiloto obedeció y pocos minutos después las tres naves modificaban su rumbo para dirigirse hacia la ciudad, en cuyo centro se alzaba, como una patente amenaza, el templo de Kolti, el dios del mal.

Height ordenó abrir todos los canales de comunicación y se dirigió a los pilotos de las otras naves.

—Ahí debe de estar el enemigo… y posiblemente nuestros camaradas, prisioneros, heridos… o muertos.

Luego, con voz enérgica, agregó:

—¡Formación de combate!… ¡Atentos a mis órdenes!

Y, entre dientes, musitó:

—Si están presos los rescataremos, pero si han muerto, si esos canallas les han asesinado… ¡Serán vengados!

Zumbando como abejorros enfurecidos, las naves terrestres descendieron en picado hacia el templo de Kolti, contra el que apuntaron sus cañones desintegradores.

Al llegar ante la puerta del aposento del Sumo Sacerdote, que estaba custodiada por dos centinelas, Zoltan se detuvo y, presionando con la punta de su espada en el cuello de Clazaar, ordenó a los guardias:

—Si no queréis ver cómo degüello a vuestro jefe, rendíos y entregad las armas.

Los guardias parecieron vacilar, porque si grande era su temor hacia Clazaar mayor era el que experimentaban hacia el Sumo Sacerdote, pero su jefe, que sentía en su garganta el acerado y ominoso contacto de la espada, les intimó a obedecer.

—¡Haced lo que os ha dicho, estúpidos!

Los centinelas hicieron lo que se les exigía y ambos, junto con Clazaar, fueron debidamente amarrados y amordazados por los terrestres.

Libre ya el camino de obstáculos, el jefe de la expedición y Brooks pudieron penetrar en la estancia.

Al oír el ruido que hacían los recién llegados, Kanasés se volvió irritado por lo que consideraba una intrusión. Palideció al ver que no era ninguno de sus hombres sino los odiados extranjeros quienes acababan de irrumpir en su aposento.

Fue una indecisión momentánea, pero que resultó fatal para el Sumo Sacerdote.

Brooks acababa de descubrir donde estaban sus ropas y las armas y corría ya para apoderarse de un desintegrador.

Kanasés reaccionó en ese instante y gritó:

—¡El arma secreta! ¡Úsala contra ellos, Zaleb!

El jefe de la guardia del templo trató de apuntar a Brooks con el desintegrador que tenía en la mano, pero el terrestre ya se le había adelantado apretando el disparador.

Un rayo de luz incidió en el pecho de Zaleb, que pareció volverse incandescente, para convertirse después en una especie de halo y luego en cenizas.

Lenta y pausadamente, sin apartar su mirada del Sumo Sacerdote, Brooks se acercó a éste, manteniéndole encañonado con su desintegrador y dejando el paso libre a Zoltan, que pudo armarse a su vez.

—¡Ya podéis entrar! —gritó el jefe de la expedición.

Sybil y Silas Llacer no se lo hicieron repetir y entraron en la estancia con sus prisioneros.

En cuestión de escasos minutos los terrestres volvieron a vestir sus ropas y a gozar de la posesión de sus armas.

Zoltan se encaró con el Sumo Sacerdote.

—Tu poder termina aquí, asesino. Convoca al pueblo y haz que acuda el Adalid. Quiero que sepan cuál será de ahora en adelante su futuro.

El jefe terrestre empujó a Kanasés hasta el balcón de su aposento, obligándole a cumplir aquella orden.

Instantes después las grandes trompas del templo se dejaban oír en la capital de aquel mundo, y el pueblo en masa, con su Adalid y el heredero de éste a la cabeza, se concentraba en la gran explanada.

En ese preciso momento, cuando los habitantes de Kazan-X-07 se

congregaban delante de sus jefes, prisioneros de los terrestres y veían a éstos por vez primera, en el cielo aparecieron las naves de Leander Height, que iniciaban su vuelo en picado.

Sybil se apresuró a establecer contacto con el jefe de la expedición de castigo.

—¿Estáis bien todos? —inquirió Height, que respiró hondo al escuchar su voz.

—Todos no, Leander.

—¿Algún herido grave? ¿Muertos?

—Sí. Han muerto cuatro de los nuestros, pero nos hemos apoderado de los culpables y Zoltan se dispone a castigarles de un modo ejemplar.

El aludido utilizó a su vez el transmisor para poner al corriente a su jefe de las últimas novedades.

—Estos hombres y mujeres son los sobrevivientes de una Gran Catástrofe, resultado de una guerra nuclear, de que la fuimos informados por el segundo mensaje, que encontramos en aquellas condenadas ruinas, donde nos hicieron prisioneros.

»Los avances tecnológicos del pasado se perdieron —siguió diciendo—, y entonces nació una civilización basada en supersticiones, crueles dioses que exigían sacrificios humanos, y gentes bárbaras que practicaban el canibalismo como una forma de aumentar su fuerza y su poder.

—¿Y la gente estaba de acuerdo con ese salvajismo? —preguntó Height asqueado.

—Todos no. Había un grupo que trató de cambiar las leyes impuestas por los tiranos, pero la mayoría de ellos fueron aniquilados. Desde entonces vivían esperando la llegada de un Líder, que les había sido prometido, y que les liberaría de la injusticia y de la opresión.

Entonces, ante el asombro de Sybil, el piloto de la astronave añadió:

—A nosotros nos tomaron por enviados de los dioses. Y tú puedes ocupar el papel de ese Líder prometido.

—¿Cómo dices?… —exclamó Height—. ¡Repítelo!

—Lo has oído bien, Leander. Si aceptas podrás imponer en este mundo nuevas leyes y, por venir de ti, todos las acatarían. Hazlo así y quedará garantizada la paz en Kazan-X-07.

Leander Height sonrió irónico al oír la sugerencia de su segundo, pero recapacitando sobre el alcance de aquella proposición, tomó su decisión.

—De acuerdo, Zoltan. Seré el Líder prometido. ¡Ahí voy!

25

El sucesor de Nehush, elevado al rango de nuevo jefe de los Contempladores, estaba situado a la diestra de Leander Height, reconocido ya por el pueblo como el Líder prometido.

Kanasés, Rijen, el Adalid, y sus parciales más significativos habían sido cargados de cadenas y, encerrados en las mazmorras del viejo templo de Kolti, aguardaban la sentencia definitiva del tribunal que habría de juzgar sus numerosos delitos y crímenes.

Y el pueblo en masa, con los Contempladores a la cabeza, aclamaban entusiásticamente al jefe de la expedición terrestre, que les estaba dictando las nuevas leyes por las que habría que regirse en lo sucesivo aquel mundo para vivir en paz.

Al finalizar la ceremonia de la proclamación de las leyes, los terrestres iniciaron el regreso a sus naves. Leander Height marchaba al frente de los expedicionarios, llevando a su lado a la hermosa Sybil, que le miraba con amor, aunque no con la reverencia con que lo hacían los habitantes de Kazan-X-07, que veían en él al tan esperado Líder, al Pacificador.

Y es que para todos ellos, el comandante Leander Height no era un hombre cualquiera.

ERA YA UNA LEYENDA VIVIENTE.

Portador de la paz a aquel mundo, el comandante terrestre había conseguido que la leyenda se hiciese realidad.

FIN



ELLIOT DOOLEY es uno de los seudónimos utilizados por Enrique Martínez Fariñas (¿? - 1985), un novelista y guionista de cómic español. Usó multitud de seudónimos, como Ralph Benchmark, Max Cardiff, Elliot Dooley, Jack King, Lucky Marty, Master Space o Lew Spencer.

Enrique Martínez Fariñas adaptó relatos clásicos para la colección «Historias» de Bruguera. Con el dibujante Beaumont, creo tres series de cuadernos, entre las que destaca El príncipe de las brumas (1961).

A partir de los años setenta, frecuentó la novela erótica.